Christian Huyeng

La Casa encantada de Canterbury

Un caso
por
Ariadne Arlington

CHRISTIAN HUYENG

La casa encantada de Canterbury

Christian Huyeng

La Casa encantada de Canterbury



Un caso por
Ariadne Arlington

Copyright © 2025 Christian Huyeng
Christianstr. 2
50825 Colonia
autorbuer@gmail.com
Diseño de portada: Christian Huyeng
Todos los derechos reservados

¡Este caso se basa en un crimen real que tuvo lugar en 1909 en Canterbury! Así que, sea amable con sus parientes… ¡nunca se sabe si no andarán por ahí haciendo de las suyas como fantasmas!

Contenido

I
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17

I

Ariadne cerró el pesado libro azul y se estremeció. Criaturas marinas, dioses antiguos y muchísimos «horrores innombrables», pues no, si Frederic no se lo hubiera regalado, no lo habría leído. ¡Ese Lovecraft era un tipo realmente raro! Recordaba un encuentro organizado por el Detection Club. Algún absurdo programa de intercambio con colegas americanos. Fue probablemente la cena más incómoda de la historia. Agatha se había enzarzado en una discusión bastante acalorada con uno de los americanos, que afirmaba que todos los autores británicos de novela negra eran terriblemente aburridos y sus tramas demasiado rebuscadas. A posteriori le molestaba no haber salido en su defensa, pero justo Lovecraft no la había dejado en paz durante toda la noche. Un hombre realmente desagradable, que ahora le recordaba a las criaturas marinas de su libro. Ojos extraños, y esa piel tan pálida. Parecía un personaje sacado de un cuento de Poe. Y escribía como si aún viviera en el siglo XIX. Probablemente también de esa época databan sus ideas políticas. Un racista bastante asqueroso, ese Lovecraft. Puaj. Y sus historias, en ocasiones, francamente repugnantes. Al menos, en su caso, autor y contenido combinaban a la perfección. Además: ¿se podía considerar realmente escritor a alguien que solo escribía relatos cortos? Se rió de su propio pensamiento. Los poetas se esforzaban aún menos y escribían solo unas pocas líneas rimadas –los malos ni siquiera rimaban– y, sin embargo, eran reconocidos como escritores. Ahora lo que necesitaba era, urgentemente, una taza de té.

«¿Rosemary?»

«¿Sí, señora?» La ama de llaves asomó la cabeza por la puerta.

«¿Podría prepararme un té? Y si hay un scone por ahí, no me vendría mal.»

«¡Por supuesto!», dijo, pero se quedó en el umbral.

«¿Qué pasa? ¿Ha visto un fantasma?»

«¡Ese libro me da miedo, señora!»

«¿Ese de ahí?» Señaló el libro decorado con esmero, encuadernado en lino con adornos plateados. Mientras no se abriera,

era en realidad bastante bonito.

«Dios mío, Rosemary, algunas historias son algo desagradables, pero no le va a… Un momento. ¿Lo ha leído?»

Las comisuras de los labios de Rosemary temblaron y empezó a juguetear con la falda.

«Lo siento, señora, estaba ahí y eché un vistazo mientras usted cenaba con la señorita Devi. ¡No volverá a ocurrir!»

Ariadne contuvo una carcajada.

«No es como si hubiese sacado letras del libro…»

Rosemary la miró fijamente. «No, claro que no, señora, yo jamás… oh…»

«Si en su tiempo libre o durante una pequeña pausa quiere leer alguno de los libros que hay por aquí, hágalo sin problema. Para eso están. Incluso tengo un par de novelas románticas de Ethel e Isobel, supongo que esos le gustarían más.»

«¡Pero también leo todas sus novelas de misterio, señora! Me encanta asustarme un poco e intentar resolverlos, pero ese… ese no lo vuelvo a leer jamás. ¡No he pegado ojo en toda la noche, se lo juro! ¡Esas criaturas repugnantes… no, eso no debería estar en una casa decente!»

«Entonces distráigase un poco trayéndome una taza de té.»

«¡Claro, disculpe, señora!», dijo, y salió corriendo hacia la cocina.

¿Pesadillas con Lovecraft? Probablemente ella también las tendría, pero sobre todo por ese estilo tan recargado –y porque no podía dejar de imaginarse a ese hombre extraño, con su piel grisácea y pensamientos racistas tan desagradables, como autor de esas barbaridades. Un tipo horrible, de verdad.

Se quedó algo indecisa en su pequeña biblioteca. Había luchado tanto con Margret por una pausa, solo un mes de descanso, sin lecturas, sin sesiones de firmas –y tampoco otro nuevo Arford. Margret había pataleado, suplicado, mezclado refranes –«así sopla la liebre», esa también la usaría, era demasiado buena– luego había adulado, vuelto a patalear y al final había aceptado. ¡Válgame Dios! Había entregado trece novelas el año pasado, un poco de descanso no era pedir demasiado, ¿verdad? Y ahora, ahora iba apenas por el cuarto día de esas vacaciones tan duramente conseguidas y ya tenía

mil ideas para nuevas novelas o se moría de aburrimiento. Incluso preferiría una pequeña investigación criminal… No, ni pensarlo, no fuera a ser que alguien acabara asesinado en la casa. Podría llamar a Ethel y… oh, no, estaba enfrascada en su manuscrito y había pedido que no la molestaran. También estaba ese libro de J.C. Stevens. En realidad, debería leerlo. El hombre quería entrar en el Detection Club, pero las primeras treinta páginas ya le habían resultado desagradables. Demasiada violencia, poca trama. No, ahora no le apetecía eso. Ya lo leería más adelante. Quizá debería aceptar la invitación de Frederic, aunque era un poco joven para ella. Apenas cuarenta, un polluelo aún… pero tremendamente, tremendamente, tremendamente atractivo. Muy, muy, muy, muy, de hecho. Casi irresistible. Y ese coqueto bigotito… Se rió. Ethel y Devi la llenarían de comentarios mordaces –y de pura envidia estallarían por dentro. Solo por eso ya valdría la pena cenar con él. No era necesario casarse ni nada…

«¡El té, señora! Calenté un poco el scone, así está más rico», dijo Rosemary, entrando con la bandeja, dando un rodeo visible al libro y dejando el té en la mesita auxiliar.

«De verdad, señora, ese libro no debería estar aquí. Me parece que estropea todo el ambiente.»

«¡Oh, basta de tonterías! El libro es malo, le doy la razón, pero no deja de ser un texto impreso en papel. No da miedo ni 'estropea' nada. Y una mujer de su edad no debería perder los nervios por unos cuentos de terror, si me permite. ¡Usted también lee esa basura de Isobel Airy, y eso sí que me da miedo!»

«¡Mrs. Arlington! ¡Son maravillosas novelas románticas históricas con un toque de misterio! Seguro que ha leído el libro equivocado. ¡Son realmente emocionantes y mejores que…» Se mordió el labio.

Ariadne arqueó una ceja. «¿Mejores que qué?»

«¿Las novelas de Mrs. Sayers?»

«¿Eso ha sido una afirmación o una pregunta?»

«Creo que tengo que ir a la cocina… sí, la tetera silba», dijo, y casi salió corriendo hacia la tranquila cocina.

Ariadne se sirvió el té y se sentó en el sillón. Sí, después del scone se arreglaría un poco y pasaría a ver al señor Lang… Probablemente

Rosemary de verdad pensaba que los libros de Isobel y Ethel eran mejores que los suyos. Bueno, no todo el mundo tenía buen gusto.

Dios mío, ¿por qué justo hoy su pelo no quería obedecer en absoluto? ¿Quizás subir ese mechón? ¿Dónde estaban ahora todas las horquillas? Ah, claro, en su cabeza. Dejó el cepillo con frustración y se quedó mirando al espejo. Bruja aterrizando de emergencia en un nido de pájaros: esa era sin duda la mejor descripción de lo que llevaba hoy sobre la cabeza. Un sombrero, como siempre, era probablemente la mejor solución… Se levantó de su tocador y fue hacia el armario, sobre el que se apilaban decenas de sombrereras. Al menos, todo tipo de tocados le quedaban de maravilla. «¡Sacar ventaja de los propios defectos!», eso al menos decía siempre Tía. Se quedó paralizada a mitad de camino. ¡Dios mío, tía! ¡Le había prometido recoger mañana al señor Higgins y cuidar durante dos semanas de la salchicha Bell! ¡Se le había olvidado por completo! Bueno, esta noche aún no tenía que lidiar con un perro salchicha sobrealimentado con síndrome de déficit de atención. Sí, ese negro con plumas blancas, ese sería… ¡No! ¿Quién podía ser ahora?

«¡Ya voy yo, señora!», gritó Rosemary. ¿Sería Frederic? Sí, seguramente era él, y quería invitarla, muy romántico y a la antigua usanza, con un ramo de flores, a una cena formal. ¡Después de todo, era un caballero!

«¿Le ayudo con el abrigo?», oyó decir a Rosemary. ¿Con el abrigo? ¿Qué pensaba hacer con Lang, invitarlo a mudarse directamente?

«¡No, y no es un abrigo, Rosy, es un poncho, muchas gracias! A-riadnaaaa, queriiiiiiida, ¡adivina quién ha venido a visitarte!»

¿Ethel? ¡Ay no! Justo cuando se había animado a invitar al apuesto vecino...

«¡Queriiiiiiiida! ¿Cómo sabías que venía? ¡Pero qué guapa estás! Y ese sombrero, ¡una maravilla!», dijo Ethel entrando disparada en la habitación y dándole dos besos, uno en cada mejilla, antes de apartarla a la distancia de sus brazos.

«¡Déjame verte! Ariadne Arlington, ¡estás hecha un bombón! ¿Es maquillaje? ¡Qué pintalabios tan precioso, de verdad! ¡Tienes que

decirme dónde lo compraste! Aunque claro, seguro que ese tono a mí no me queda nada bien.»

Respiró hondo y volvió a examinar a Ariadne de arriba abajo, luego puso esa sonrisa que Ariadne conocía demasiado bien.

«Ah, ya sé por qué estás tan arreglada... ¡Tienes una cita con ese vecino tan, tan guapo, ¿a que sí?! No digas nada, es obvio. ¡Cuando se lo cuente a Devi…!»

«¿Respiras por la piel o qué? ¡Y ni se te ocurra chismear con Devi otra vez sobre mí, bruja! ¡Lo que yo haga o deje de hacer con Frederic, o sea, con el señor Lang, no es asunto vuestro, par de cotillas!»

Ethel se echó a reír. «¡Puedo volver más tarde, mañana mismo, no importa! ¡No quiero interrumpir tu velada con el señor Encanto!»

«No, mañana no puedo, tengo que recoger al señor Higgins, y no tengo —todavía— ninguna cita, que te quede claro. El señor Lang solo preguntó, de forma muy casual, si nos apetecía cenar juntos. Y pensé en preguntarle si hoy le venía bien.»

Ethel se llevó la mano al escote. «¡Uy, qué escándalo tan moderno! Pero oye, ¿por qué no? ¡Si podemos votar, también podemos invitar a salir a los hombres! ¡Esa es mi filosofía!»

Ariadne suspiró, se quitó el sombrero y se dejó caer sobre el pequeño taburete.

«Tienes razón, es ridículo. Y más aún a mi edad... ¡Estoy haciendo el ridículo!»

«Querida, no digas tonterías. Sabes que no me callo nunca. ¡Pero de verdad me parece estupendo! ¿Por qué no? Estamos en lo mejor de la vida y ganamos nuestro propio dinero, hija. ¿Por qué no íbamos también a invitar nosotras?»

«¿Y tú qué haces aquí, por cierto?»

«Eso puede esperar, hasta pasado mañana incluso y... Eh, ¿a dónde vas ahora?»

Ariadne miró por la ventana y suspiró de nuevo.

«Pues nada, ya está. El señor Lang acaba de irse con su motocicleta.»

Ethel se puso a su lado y vio alejarse al hombre cada vez más pequeño sobre su moto.

«¿Una moto? Uy, entonces también es de los malos chicos con chaqueta de cuero y camisa manchada de grasa. Ariadne querida, ¡tienes que agarrar a ese hombre y no soltarlo! Y más te vale actuar rápido, que esos se esfuman en un suspiro.»

«¿Quieres un té? Por lo visto, tengo la tarde libre, así que puedes contarme de una vez qué quieres.»

«¿Canterbury? ¿Qué vas a hacer en Canterbury? Pensé que estabas agobiadísima con tu nueva novela.»

«¡Qué tontería! ¿De dónde sacas eso?»

«Pues tal vez porque me llamaste hace una semana lloriqueando histérica al teléfono, diciendo que te habías metido en un callejón sin salida del que jamás saldrías. Y yo te dije que eso te pasa por escribir solo con lo que te dicta el estómago, sin planificar bien la historia.»

«Fue solo un momento de desesperación. Además, sí que hice un esquema, solo que no lo suficientemente detallado. Pero da igual, logré salvarlo y ya está terminado. Y de paso se me ocurrió una nueva idea: ¡una historia de amor en una casa embrujada!»

Ariadne frunció el ceño. «¿Quién es el fantasma? ¿Él o ella?»

«¡Ay, qué tontería, Ariadne! ¡Ninguno de los dos, por supuesto! Ella vive en una gran casa y la atormentan fantasmas y poltergeists relacionados con el oscuro pasado de su familia…»

«¿Con qué, si no?»

«¿Puedo seguir o no?»

«Perdona, entonces, ¿la pobre protagonista es acosada por fantasmas?»

«Sí, y él es un médium muy respetado, un cazador de espíritus. Juntos logran darles paz a los fantasmas de la casa y liberarlos y…»

«Y de paso acaban medio desnudos en brazos del otro…»

«Sí, algo así. ¡No tienes por qué leerlo!»

«Y no lo haré, querida, ni en sueños. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con Canterbury? ¿Y conmigo?»

Ethel la miró por encima del borde de su taza de té y Ariadne reconoció ese brillo en sus ojos.

«En Canterbury está la 'Casa Maldita', una atracción turística para toda la familia. ¡Una casa embrujada en pleno centro! Dicen que durante generaciones asesinaron allí a mujeres de la familia, pero también a criados y a varios hijos varones. Todos ellos rondan la casa como fantasmas.»

«Pues yo, después del segundo asesinato, me habría mudado…»

«¡No seas tan poco romántica! ¿No te parece de lo más espeluznante y maravilloso? Quiero ambientar mi historia en una casa así, tal vez incluso en esa misma. La editorial va a hacer una solicitud formal, y seguro que aceptan. Pero yo no quiero esperar y quiero ir en persona a echar un primer vistazo.»

Ariadne suspiró y dejó su taza.

«Claro que aceptarán. No podrían soñar con mejor publicidad que una novela de una de las autoras más exitosas del país. Así que quieres ir a Canterbury y hacer trabajo de campo, ¿no? Bien, hazlo y me llamas alguna vez.»

«¿Te acuerdas de Michael Sheffield? Ese alto, rubio, deportista, con un bigote de infarto.»

«¿No es el que conocimos en esa fiesta de Margret? ¿El que en realidad es alemán?»

«Sí, ese mismo. Tiene una casa en Canterbury y pasado mañana se va de gira por Australia y Nueva Zelanda durante seis semanas. Me ha ofrecido su casa. Y es una casa enorme, muy grande… así que pensé: 'Ariadne está de vacaciones, ¡podría hacerme compañía perfectamente!'»

Ariadne se recostó en su sillón y gimió.

«¿En serio? ¿Una casa encantada?»

«¡Anda ya, será divertido! Hacemos el tour, paseamos por la casa para hacernos una idea y el resto del tiempo disfrutamos de la calma y la paz de Canterbury. ¿Qué dices?»

«Mañana tengo que recoger al señor Higgins y…»

«¡Por supuesto que viene también, ese peludo consentido! La casa de Michael tiene un jardincito donde puede corretear.»

«¿El señor Higgins correteando? Bueno, está bien, iré contigo. No me vas a dejar en paz igualmente. Y siendo sincera, estas vacaciones están resultando bastante aburridas.»

Ethel dio unas palmadas.

«¡Maravilloso, querida, absolutamente maravilloso! Entonces te recojo pasado mañana a eso de las diez, ¿qué te parece?»

«¿Tú conduces? Pues sí que empieza con susto el viaje…»

2

«¿Una casa encantada en Canterbury? De verdad, a veces tenéis unas ideas… ¿Tienes el hueso de mascar? ¡Sin eso no se duerme!»

«Sí, lo tengo. Y no fue idea mía, solo voy porque Ethel me lo pidió. Quiere escribir una de esas novelas raras, de amor y fantasmas… Tantchen, ¡Mr. Higgins solo estará diez días conmigo! ¿Cuántas mantas y juguetes más vas a meter en la caja?»

Dorothy seguía metiendo cosas en una caja sin inmutarse.

«¿Y por qué tienes que ir tú? ¿Es que Ethel tiene miedo de estar sola?»

«Qué sé yo, seguramente se aburre si está sola. Yo estoy de vacaciones, así que no importa, y además no está mal salir un poco de la ciudad.»

Dorothy le lanzó una de esas miradas suyas. «Ah, ¿y Canterbury está bien, pero diez días aquí en mi casa, cuidando de Mr. Higgins, eso era demasiado?»

«¡No empieces! Sabes perfectamente por qué no quería hacerlo. Todo el mundo me mira como si fuera mi culpa que alguien del pueblo asesinara a Charles.»

Tantchen soltó una carcajada. «Al menos en una casa encantada ya están todos muertos desde hace tiempo, así que esta vez no te verás envuelta en ninguna investigación, ¿eh? Anda, ven, que hay tarta de manzana.»

Mr. Higgins gimoteó.

«Sí, para ti también hay algo, pesadilla peluda.»

«¡Sabe tan bien como siempre!»

«Pero no son mis manzanas.»

«Igualmente delicioso.»

«¿No quieres saber por qué no son mis manzanas?» Dorothy le puso otra porción en el plato, esta vez enterrada bajo una gruesa capa de nata.

«Claro que sí, el misterio de las manzanas de Bedford Haven me tiene en vilo. ¡Eso da para una novela!»

Dorothy soltó una carcajada y le apuntó con el tenedor.

«Te burlas, pero la historia no tiene ninguna gracia. ¡He ganado el concurso de manzanas los últimos años!»

Ariadne asintió. Era difícil ignorar los veinte trofeos que adornaban la repisa de la chimenea.

«Pues alguien se puso tan celoso que no dudó en recurrir al asesinato.»

Ariadne bajó el tenedor. «Eso no puede ser en serio… ¿Otro asesinato en Bedford Haven? ¿Qué es esto, el Soho de Oxfordshire? ¿Quién fue la víctima? ¿Y qué tiene que ver con tus manzanas?»

«¡Rupert!»

«¿Rupert? ¿Quién demonios es Rupert? ¿Ese gordito que siempre quería salir conmigo?»

«¡Qué tontería! Ese es Ronald. Rupert es mi manzano.»

«No sé qué me desconcierta más: que alguien haya "asesinado" a tu árbol o que lo llames Rupert.»

«¡Pff! Todos mis árboles tienen nombre. Y sí, alguien – y tengo una idea muy clara de quién fue – ¡mató a Rupert! Le clavaron clavos en las raíces y lo regaron con agua salada. ¡Tuve que talarlo! ¡Y tú ni te diste cuenta!»

Ariadne echó un vistazo al inmenso jardín de su tía. Había más árboles frutales que en muchas plantaciones. Y ahora vio también el tocón del árbol.

«Qué forma tan retorcida de hacer daño… Pero tienes más manzanos.»

«Sí, pero para hornear siempre usaba las manzanas de Rupert. ¡Eran las mejores! Una variedad alemana que me trajo tu tío hace más de sesenta años. ¡Y ahora esto! Zelda una vez tomó un esqueje del árbol, por eso tiene la misma variedad. Si no fuera por eso, no sabría cómo conseguir más.»

«¿Y a quién acusas?»

«¡Fue Sarah Wilmore, sin duda! ¡Esa bruja! Siempre quedaba en segundo lugar y no lo soportaba. ¡La envidia y los celos convierten a las personas en auténticos monstruos!»

Mr. Higgins gruñó en señal de acuerdo.

«¡Y cuida bien de él!»

«¡Lo haré!»

«Y asegúrate de que beba suficiente agua.»

«Sí, tía.»

«Y no lo saques a pasear por demasiado tiempo.»

«No, no lo haré. Bueno, nos vamos ya, tía. Cuídate y disfruta de tu tratamiento en Brighton.»

«Seguro que será un aburrimiento. ¡Solo hay viejos!»

«Entonces anímalos un poco. Venga, ahora nos vamos de verdad.»

Puso en marcha el motor de Berta, saludó una vez más con la mano a su tía y se alejó. Mr. Higgins soltó un gemido.

«Ay, llorón, ¡no empieces ya con eso! Vamos de excursión con la tía Ethel a Canterbury… a una casa encantada. Seguro que será… divertido.»

Él la miró como si se le hubiera ido la cabeza.

«¡Vale, vale! ¡Tampoco hace falta que te pongas así! Y tranquilo, que llevo tu mantita tonta y un montón de salchichas.»

Ariadne estaba casi segura de que el perro había sonreído…

3

«¡Pensé que íbamos a visitar la casa encantada, no a vivir en ella!», dijo Ariadne mientras pasaba un dedo por encima de una mesita en el lúgubre salón. ¡Aquí no se había limpiado bien en meses!

«¡Siempre te estás quejando, pero a mí me parece encantadora!», dijo Ethel, dio unas palmadas a un cojín, tosió y se acercó a la ventana. Pesadas cortinas casi negras impedían que entrara la luz, y las descorrió con un chirrido.

«¿Ves? Con un poco de luz esto es…»

«¡Mucho peor! ¡Cielo santo, Ethel, este hombre es un marranito! ¡Y yo que pensaba que los alemanes eran tan ordenados!»

Mr. Higgins estornudó y miró el salón con expresión hostil.

«Tal vez por eso tuvo que venir a Inglaterra», dijo Ethel, cuya buena disposición parecía inquebrantable. «Abramos bien las ventanas, y ya verás que mejora. El hombre fuma, y además vive solo. ¿Qué esperabas?»

«¡No una guarida de estudiante mal ventilada!», suspiró Ariadne. «¡Y mira esas telarañas! Me temo que, antes de ver esa casa encantada, una tarántula nos devorará vivas.»

«¡Tú siempre tan dramática! ¡No está tan mal! Vamos arriba a ver los dormitorios, ¿sí?»

Eso tampoco mejoraba mucho las cosas, al menos en lo que a la atmósfera se refería. Los muebles seguramente habían sido muy bonitos en su día y databan del siglo XIX, estilo Imperio, como comprobó. En aquella casa en pleno centro histórico, con entramado de madera y una escalera oscura de madera, una esperaría más bien un mobiliario gótico. Y en lugar de una cama de nogal con postes altos adornados con esfinges, más apropiado sería un ataúd con un vampiro vestido a juego dentro.

Bueno, eso encajaba con el hecho de que el gran espejo del armario —por lo demás muy bonito— estaba casi completamente opaco. Las tapicerías de las sillas también habían visto tiempos mejores, y la seda de rayas azules y amarillas estaba raída en

muchos puntos. A Mr. Higgins todo eso parecía importarle poco, ya que roncaba feliz en su cestita. Al menos, la habitación estaba notablemente más limpia que el salón o el vestíbulo. Olía a jabón de suelos y a limón, y también la ropa de cama olía a recién lavada y almidonada. Las toallas que su anfitrión había dejado sobre la cama eran suaves y mullidas.

«Pues bien, ¡emprendamos una expedición al cuarto de baño!», dijo..

«¡Vaya sorpresa!». El cuarto de baño, justo al lado de su habitación, no solo estaba increíblemente limpio, sino también luminoso, amplio, acogedor y muy moderno. Para probar, abrió la ducha. Un chorro fuerte de agua caliente. Sonrió. Jabón de lavanda, más toallas mullidas. ¿Y si se atrevía a ser un poco descarada? ¿Por qué no? Al fin y al cabo, era escritora de novelas policiacas, era bien sabido que esas siempre metían las narices donde no las llamaban. Quien invitaba a alguien así a su casa debía estar preparado para que husmeara un poco.

Caminó por el pasillo alfombrado, pasando por delante de cuadros de personas que, al parecer, ya estaban muertas incluso cuando los retrataron, y se detuvo ante un retrato particularmente horrendo. No era una pintura antigua. Tuvo que contener de nuevo una carcajada.

En aquel ancho pasillo había una cómoda negra de estilo gótico, aunque también era bastante moderna —y claramente pintada a toda prisa con pintura negra. Además, el polvo sobre los marcos y la cómoda se parecía sospechosamente a harina. Entonces llegó a la gran puerta doble que daba acceso a las habitaciones del dueño de la casa. Solo había cinco puertas: una para el dormitorio de Ethel, otra para el suyo, y dos para los baños. Aunque la casa era enorme. Eso significaba que… ¡Ah, sí! La puerta doble no estaba cerrada, y detrás se abría un salón grande, moderno y luminoso. Art déco, lo más moderno de lo moderno. Una mesita redonda con un jarrón, espléndidos espejos con marco dorado. Y tres puertas que daban a habitaciones contiguas. Había otro salón, casi tan grande como el de la planta baja; desde allí se accedía a un estudio muy ordenado, con una máquina de escribir carísima y totalmente nueva. Luego había

un comedor, una cocina privada y moderna, otro baño, un dormitorio grande y soleado, y un vestidor. Lo único que conectaba esas habitaciones limpias y decoradas con buen gusto con las de la planta baja era el persistente olor a humo frío de puro.

¿Y a qué se dedicaba este tipo? Ah, sí… a escribir historias de terror. Se echó a reír. Probablemente había dejado la planta baja en ese estado de abandono aparente a propósito durante meses.

«¡Ariadne Arlington! ¡No me lo puedo creer, así que husmeando…! ¡Madre mía! ¡Pero mira eso!». Ethel acababa de entrar también en el apartamento que el anfitrión se había montado en su vieja casa.

«Nos deja a nosotras en esa cueva rancia y luego resulta que… ¡esto!».

«Sí, me he fijado en algunos detalles. La ropa de cama, las toallas —¿y has estado en el baño? Nuestro teutón escribe novelas de terror, al estilo antiguo, ¿verdad? Me imagino que hace lecturas aquí en la casa y que lo ha montado todo así, con mucho esmero. ¡Un zorro muy astuto!».

Ethel frunció la nariz.

«Me dan ganas de quedarnos aquí».

«Pues entonces hagámoslo —a no ser que te haya dicho expresamente que no se puede usar esta parte de la casa. Desde luego que yo voy a usar esta cocina y no ese laboratorio medieval de brujas de abajo».

Ethel paseó también por las habitaciones.

«¿Quién hace esto? Quiero decir, ¿quién decora su casa para que encaje con sus libros? ¡En la tuya no hay cadáveres tirados por ahí!».

«¡Eso olería fatal! Y te aseguro que Rosemary no lo permitiría. Ya le da un ataque si ve un libro de Lovecraft por ahí abierto. Y tú no deberías hablar mucho, ¡tu casa parece sacada de una de esas novelas cursis que escribes! ¡Nadie puede soportar tanto rosa y tanto pastel!».

«Querida, lo que pasa es que tú no tienes gusto, ¡eso es todo! Y ahora date un retoque, que tenemos una cita con el doctor Benedict Fallmouth».

«¿Y quién es ese ahora?».

«Es historiador y dirige la "Sociedad Histórica de Canterbury". Creo que puede darnos algunos datos interesantes sobre la casa encantada. ¡Y mañana la visitaremos en persona!».

El pequeño café a la sombra del Cathedral Gate era realmente encantador. Casi ya no había lugares así en Londres. Le recordó a muchas de aquellas casas de té de su infancia. Allí siempre había las tartas más deliciosas, una clotted cream espesa y dulce, y té en tazas finísimas. Y la simpática camarera no solo les había traído una bandeja de pasteles surtidos, sino incluso un cuenco con agua para Mr. Higgins.

El doctor Fallmouth también parecía disfrutar de los dulces. Y no solo hoy, como lo evidenciaba su camisa, que amenazaba con estallar.

«Es realmente un placer estar aquí con ustedes hoy, damas mías. Debo confesar que no he leído sus libros, querida mía, pero mi esposa los devora uno tras otro», dijo, dirigiéndose a Ethel.

«Eso ya me lo imaginaba, doctor. Son novelas clásicas para mujeres, al fin y al cabo».

«Ja, sí, el romance no es precisamente lo mío, como seguramente mi esposa confirmaría con una mirada severa. Y con la misma mirada me prohibiría tomar otro pastelito de crema, ¡pero no está aquí!», dijo guiñándole un ojo a Ariadne, y se sirvió otro pastel.

«Nosotros sí leemos sus libros, señora Arlington. Ese Arford es sencillamente maravilloso, ¡de lo más encantador! ¡Cómo se le ocurren esas ideas! Pero basta de cumplidos. Mrs.…»

«Oh, por favor, llámeme Ethel».

«Entonces tendrá que llamarme Benedict, ¡insisto!»

«Encantada», dijo Ariadne. De alguna manera, el hombre le caía bien, no era en absoluto el historiador polvoriento que se había imaginado. Su cara era sonrosada, con una papada prominente que quedaba aún más acentuada por unas patillas tupidas que le llegaban hasta la mandíbula. Su cabello le recordaba a los bustos de Beethoven, aunque sin la expresión ceñuda. A pesar de sus aproximadamente setenta años, vestía un chaleco de seda escandalosamente colorido, un pañuelo al cuello que no combinaba

en absoluto, unos pantalones verdes y una chaqueta azul, y sus ojos brillaban con picardía.

«Así que, Ethel, me escribió que quiere escribir un libro sobre Ashfield House».

«Bueno, en realidad quiero escribir una historia de amor victoriana ambientada en una casa encantada. Maybel, mi protagonista, la hereda de una tía a la que ni siquiera conocía y se muda por eso a un pequeño pueblo inglés. Maybel ha crecido en EE. UU. junto a sus padres, que ya fallecieron, y llega por primera vez a Gran Bretaña. Apenas se muda a la casa, empieza a tener pesadillas, oye ruidos extraños, las cosas se mueven solas y los vecinos hablan de una maldición. Ella comienza a investigar y descubre que ocurrieron cosas horribles en esa casa que tienen que ver con el pasado de su familia. En sus investigaciones la ayuda Timothy Doyle, un médium reconocido y cazador de fantasmas. Por supuesto, los dos se enamoran, rompen la maldición y ayudan a los espíritus a encontrar por fin la paz. Me he informado un poco sobre casas encantadas en la zona de Londres y Ashfield House aparece una y otra vez, pero casi no se encuentran datos fiables sobre lo que realmente sucedió allí».

Fallmouth soltó una risita y dio un sorbo a su té. Más bien azúcar con un toque de té, pensó Ariadne, mientras se servía una de las pequeñas tartaletas de fresa. Casi tan buenas como las de su tía. Casi.

«Bueno, si allí realmente sucede algo, lo dudo mucho, querida. Aunque no debería decir eso muy alto si Lord Arbuckle anda cerca. Es el dueño de la casa, por cierto. También la heredó de una tía, Lady Evalinda Ashfield. Como científico, por supuesto que no creo ni en maldiciones ni en fantasmas ni en poltergeists. Pero puedo contarles de dónde provienen todas esas historias».

«Eso es mucho más interesante que cuentos de fantasmas para niños», dijo Ariadne.

«Oh sí, absolutamente. Y la historia real seguramente sería más adecuada para uno de sus libros. En realidad, se trata de dos historias independientes que ocurrieron en la misma casa. La primera sucedió en 1557, todavía durante el reinado de Mary Tudor,

Bloody Mary, como le gusta a la gente llamarla. Eso siempre da buen material para cuentos de terror. Los implicados fueron Lord Wimsfield y su joven esposa Mary-Jane. Él era un ferviente católico y partidario de la reina Mary. Ella provenía también de una familia católica escocesa, aunque considerada más liberal. Wimsfield había sido cortesano en su juventud bajo Enrique VIII y se había ganado la fama de mujeriego. Antes de casarse con Mary-Jane ya se había casado cuatro veces y tenía al menos diez hijos ilegítimos. Curiosamente, un descendiente de su primer hijo ilegítimo, Fitzjames, fue el primer barón Ashfield —pero eso es otra historia.

Wimsfield se enamoró de Mary-Jane en una fiesta en la corte. Ella era considerada una de las mujeres más bellas de Hampton Court y, lo más importante, provenía de una familia muy rica con propiedades en Escocia. Según la ley escocesa, las mujeres pueden heredar, y como el padre de Mary-Jane no tenía hijos, era muy probable que ella se convirtiera pronto en condesa de Bladdoch y heredara las extensas tierras y el castillo de Bladdoch.

—Una relación totalmente romántica —comentó Ariadne.

Él rió.

—Sí, como solía ser habitual. Ya entonces se especulaba que Wimsfield se había casado con sus primeras cuatro esposas solo por dinero y tierras, y luego se había deshecho de ellas. Pero gozaba del favor del rey y más tarde se convirtió en un partidario casi fanático de la reina Mary, así que nunca se presentó una acusación. Incluso hubo testimonios de doncellas y sirvientes.

Un año después del matrimonio, el suegro murió y Mary-Jane heredó el título y las propiedades escocesas. Sospecho que también ella habría desaparecido pronto si no hubiera estado embarazada. Tras el nacimiento de su hijo Alexander, recuperó la alegría y parecía feliz. Pero entonces su marido la acusó de intentar matarlo con magia negra. Ya se imaginarán lo que eso significaba en aquella época. Bastaba una simple insinuación, y como él era Lord Chamberlain de la reina, las acusaciones cayeron en terreno fértil. Primero fue expulsada de la corte y enviada aquí, a la casa que hoy conocemos como Ashfield House. Fue puesta bajo arresto domiciliario y, aunque suplicó, gritó y escribió cartas a parientes, a

su marido y a la reina, todo fue en vano. Le hicieron un juicio, pero antes de comparecer murió en circunstancias no esclarecidas, encerrada en sus aposentos. Algunos dijeron que fue suicidio, otros que el mismo diablo vino a llevársela al infierno. En cualquier caso, todos creyeron que su espíritu vaga desde entonces por la casa.

Wimsfield cayó en desgracia bajo Isabel I, perdió sus cargos en la corte y gran parte de su fortuna. Su hijo nunca le perdonó lo que hizo a su madre, y también él se retiró a Canterbury en desgracia. Murió a los sesenta años al caer por las escaleras —y, por supuesto, se culpó al fantasma de Mary-Jane».

«No se lo reprocho», dijo Ethel.

«No, a ese fantasma se le puede entender. Después hubo varios accidentes en la casa. Un tataranieto de Wimsfield, Lord Usher, heredó la casa y se mudó allí con su familia. Él, su esposa, su hijo de diecisiete años y casi todo el servicio murieron mientras dormían. Hoy se cree que fue por gases tóxicos debido a chimeneas mal limpiadas. Eso pasaba a veces. Pero, naturalmente, se culpó al fantasma de Mary-Jane.

En 1802 la familia se extinguió, al menos la rama legítima. Jonathan Brookfield, un empresario y descendiente del hijo ilegítimo Fitzjames, fue ennoblecido como barón Ashfield y compró la casa. Desde entonces se llama Ashfield House. Su hijo menor Reginald fue arzobispo de Canterbury entre 1834 y 1871.

Jonathan Brookfield se casó de nuevo en 1830, con casi noventa años, y tuvo dos hijas más: Margaret, nacida en 1835, y Evalinda, en 1836. Margaret se casó en 1856 con Lord Arbuckle y emigró con él a América. Allí nació en 1867 el actual propietario, Archibald, quien heredó la casa de Evalinda hace unos veinte años. La familia Ashfield se extinguió, ya que ni Reginald ni Jonathan junior tuvieron hijos. Y por supuesto, eso también se le atribuye al espíritu de Mary-Jane».

«¿Y cuál fue el segundo incidente del que hablaba?», preguntó Ethel, bebiendo un sorbo de té.

«Bueno, Evalinda murió a los setenta y nueve. No es tan mayor, como puedo decir con mis setenta y dos años. Estaba supuestamente en buen estado de salud. Luego la encontraron muerta, con una expresión de terror en el rostro. Si me preguntan,

fue un infarto. Pero de inmediato empezaron los rumores sobre el fantasma. Una sirvienta dijo haber visto a una dama blanca. Estaban de moda en ese entonces. Se decía que no era Mary-Jane sino Lady Usher, no se sabe por qué razón debería aparecer ella.

Nuestro estimado Lord Arbuckle, que heredó la casa, nunca se mudó allí. Vive en una finca a las afueras, de la familia de su padre. Pero, como buen americano, vio en la herencia una fuente de ingresos. Desde entonces, la casa es una atracción turística. Se paga entrada, contrató a jóvenes actores para asustar a los visitantes. Una especie de feria, bastante vulgar, si me permiten decirlo».

«Entonces no hay fantasmas reales, sino unos jovencitos disfrazados con sábanas», dijo Ariadne.

«Sí, algo así. Participé una vez en uno de esos recorridos, y se esfuerzan bastante. Tienen efectos teatrales y todo eso. Las turistas se desmayan con regularidad. Cuentan muchas tonterías sobre docenas de damas muertas. Hay una habitación con llanto de bebé grabado, aunque nunca murió un infante en esa casa.

Lord Arbuckle no es muy querido entre los lugareños. Incluso el obispo ha criticado públicamente el "Geisterhaus", pero a él no le importa. Mientras el dinero fluya…».

«¿Y tú sigues queriendo ir allí?»

«Sí, por supuesto, querida. La casa seguro que es espeluznante igual. ¡Y tengo cierta libertad literaria en cuanto a los detalles! Le agradezco mucho sus explicaciones, Benedict. Me encantaría devolverle el favor».

«Oh, Ethel, no es necesario».

«Sí que lo es. ¡Vengan mañana con su encantadora esposa a cenar! ¡Cocinaré algo caribeño!»

4

«¡Madre mía, ¿acaso todos esos quieren entrar?! Si lo llego a saber, me habría ido a dar un paseo más largo con Mr. Higgins», dijo Ariadne mientras observaba la fila que se había formado frente a Ashfield House y que se extendía por toda Burgate y Sun Street.

La casa en sí estaba justo enfrente del Cathedral Gate, en pleno centro histórico, y era un edificio de entramado de madera blanco y

negro, no muy distinto de aquel en el que ellas estaban alojadas. No parecía precisamente majestuosa… ni tampoco aterradora. Mucho más inquietante era imaginar cuánto tiempo tendrían que esperar para entrar, entre todos aquellos turistas charlatanes, risueños y, en algunos casos, vestidos de forma grotescamente espantosa.

«¡Te dije que deberíamos haber salido antes!», dijo Ethel.

«¡Ja! ¿Antes todavía? Si abren en media hora… ¡y ya son las nueve! Lo siguiente será que propongas montar una tienda justo aquí frente a la puerta. De verdad, ¿tenemos que entrar hoy sí o sí? ¿O siquiera entrar en algún momento? A mí personalmente me parece que la casa de Michael ya es lo suficientemente escalofriante, y ya escuchaste lo que contó Benedict: primero, no pasaron tantas cosas como la gente dice, y segundo, ¡allí cuentan un montón de tonterías!»

Ethel suspiró. «Querida, tampoco creo que vayamos a encontrarnos con el espectro en carne y hueso de Mary-Jane ni con la Dama Blanca, pero se trata de la atmósfera, de esa sensación que transmite la casa. ¡Una quiere un poco de realismo para sus novelas!»

«¡Ya me haces reír! Primero, los libros nunca son realistas, ¡nadie los leería si lo fueran! Y segundo, tus historias son de lo más inverosímil que hay. ¡La chica tímida se queda siempre con el tío más atractivo! ¡Eso no pasa nunca en la vida real!»

«¿O sea que me estás diciendo que a ti el realismo no te importa? ¡No te creo nada!»

«¡Bah! ¿Y qué tiene de realista que un duque metido a detective se vea envuelto en un asesinato cada tres o cuatro meses, así por casualidad? Pero a los lectores eso no les importa, porque lo que quieren es leer historias de Roland Arford. ¿Y Agatha? Esa tal Miss Marple, ¿qué tiene de realista?»

«Yo creo que tu tía Dorothy se parece bastante a esa señora Marple.»

«¡Ni se te ocurra decírselo! ¡Si lo oye, empieza a investigar de verdad! Cuando fui a recoger a Mr. Higgins, me dijo que alguien había asesinado a su Rupert.»

«¿Tenía novio a su edad?»

«¡No! Rupert es su manzano, ¡pero da igual! Mira, ¡la fila se mueve!»

Podía ser que de verdad tuvieran que esperar hasta la hora del almuerzo para que por fin les tocara el turno. Al parecer siempre se organizaban dos visitas guiadas en paralelo, con quince personas en cada grupo. Ya eran las once, como indicaban las campanadas de la catedral, y todavía había unas cien personas por delante en la fila. Cielo santo, si lo hubiera sabido, se habría puesto zapatos más cómodos y habría traído uno de esos termos que Michael tenía en su cocina privada. En realidad, preferiría mil veces estar ahora en la preciosa catedral o en una de esas pequeñas y encantadoras cafeterías, antes que estar de pie bajo un calor cada vez más agobiante, esperando para entrar a lo que parecía más una atracción de feria que una casa encantada. La conversación con Ethel se había apagado en la última media hora; al fin y al cabo, ¿de qué más podían hablar, si se veían o hablaban por teléfono dos veces por semana?

«En cuanto entremos, compro entradas para mañana mismo», dijo Ethel de pronto.

«¿Qué? ¿Por qué? ¿No te basta con pasar por ahí una vez?»

«Eso aún no lo sé. Quiero fijarme bien en los detalles, empaparme de la atmósfera de la casa y… ¿por qué me miras así?»

«Estás empezando a sonar como Isobel Airy con su cursilería de las 'memorias de las piedras'.»

Ethel soltó una carcajada y se echó el pelo hacia atrás.

«¡Tonterías! Y ni siquiera entiendo qué tienes tú contra la pobre Isobel, si es un encanto.»

Ariadne recordó una cena del Detection Club en la que había estado sentada entre Agatha e Isobel. Las dos se habían lanzado tantas puyas que llegó a temer que su sombrero saliera ardiendo. Claro que había que admitir que Agatha podía ser bastante cruel cuando se lo proponía. Y se lo proponía a menudo. Ariadne solía evitar enfrentarse con ella, aunque una vez le había respondido tan bien que Agatha se marchó del salón con los ojos rojos de furia…

«¿Hola? ¿Sigues ahí?»

«Sí, sí. Admito que Isobel puede ser simpática, ¡pero eso no quita que escriba unos disparates horrendos! Y ya sabes lo que opino de todo ese rollo esotérico.»

«Señora mía, no pude evitar oír su conversación», intervino un hombre que estaba delante de ellas en la fila. «Si le parece todo tan absurdo, ¿por qué no se abstiene de entrar en la casa y así no arruina la experiencia a los demás? ¡Yo he venido tres veces y en todas hemos visto al menos un espíritu!»

Ariadne y Ethel intercambiaron una mirada.

«Prometo que me portaré bien», dijo ella entonces, al ver que las comisuras de los labios de Ethel temblaban..

Fue casi la una y media cuando, por fin, con las entradas para ese día y el siguiente en la mano, fueron conducidas a la casa por un joven con un bigote claramente postizo —que ya se despegaba por el lado izquierdo— y una peluca bastante espantosa bajo un sombrero de copa desgastado.

«¡Damas y caballeros, este recorrido no es apto para cobardes ni personas sensibles! ¡Me llamo Lord Mortimor Ashfield y seré su guía hoy por la casa encantada de Canterbury! ¡Por favor, no abandonen nunca los caminos marcados; los últimos que lo intentaron forman ahora parte de nuestras atracciones!»

Risas generales siguieron a la broma, que estaba tan muerta como los antiguos habitantes de la casa.

Su grupo constaba de doce personas; sin niños, como constató con alivio, aunque al menos había ocho estadounidenses. O sea, prácticamente lo mismo...

«La casa en la que nos encontramos fue construida en la Edad Media, concretamente durante el reinado de Enrique VIII... ya saben, el de las esposas muertas...» El guía charloteaba alegremente mientras soltaba un disparate histórico tras otro. Enrique VIII no había vivido en la Edad Media, pero bueno, para los americanos, todo lo que ocurrió antes de la fundación de su país —todavía con pañales— era "Edad Media"...

Cuando contó que en esta casa se había alojado la reina María y que incluso había visto a una Dama Blanca, ella ya estaba tomando

aire, pero Ethel la empujó y prefirió no decir nada.

Decidió desconectar y limitarse a observar un poco la casa. Al fin y al cabo, era un edificio antiguo y con historia, en el que probablemente habría muchas cosas que descubrir incluso sin el espectáculo de sustos..

No, no se podía. Todas las ventanas de la casa estaban cubiertas con cortinas pesadas e impenetrables a la luz, y solo unas lámparas de gas bastante tenues proporcionaban algo de iluminación. Tal vez era mejor así, porque de lo contrario se habría notado que las telarañas eran tan falsas como los cráneos colocados dramáticamente junto a un caldero burbujeante en una de las habitaciones —al parecer también había habido brujas aquí— o como los cuadros colgados en las paredes. Copias baratas, producidas en algún cobertizo por un pintor de talento muy limitado, probablemente usando el pie izquierdo... De vez en cuando se oía un gemido desde la oscuridad, lo que provocaba pequeños gritos entre los visitantes, y luego estaban las dos «apariciones». Una Dama Blanca se deslizaba por una cuerda apenas disimulada a través de una de las grandes salas del piso superior, gimiendo de forma muy teatral; en otra habitación había tres «fantasmas» sentados en una mesa que luego desaparecían por las paredes. En la casa encantada de Brighton se había asustado mucho más. Al parecer, era la única que no se había sobresaltado, espantado o divertido. Había que reconocer, sin embargo, que el guía hacía muy bien su trabajo —dejando de lado las tonterías históricas que soltaba. Respondía a las preguntas, tenía una voz potente y llenaba con su presencia cada rincón de la casa. Benedict había mencionado que el dueño contrataba actores jóvenes. Bueno, a este joven con el disfraz victoriano mal ajustado le esperaba, sin duda, una brillante carrera.

«Y esto, damas y caballeros, ha sido nuestro recorrido por la casa encantada de Canterbury. Permítanme contar rápidamente si esta vez también han sobrevivido todos los visitantes... sí, todos están aquí, ¡excelente! Si les ha gustado, no duden en recomendarnos.» Se quitó el sombrero de copa —lo que hizo que su peluca se desplazara un poco— e hizo una reverencia. Hubo un aplauso

bastante entusiasta y la pequeña caja para propinas se llenó generosamente. Ella también dejó un billete de una libra, después de todo, el chico realmente se lo había currado...

«Vaya, alguien ha sido generosa», dijo Ethel cuando ya estaban de nuevo fuera, bajo el sol agradable.

«El chico no lo ha hecho mal, dejando a un lado el contenido, claro está. Pero la puesta en escena ha sido bastante…»

«Cutre, sí. Y apenas se ha visto la casa por dentro. Me han dicho que no siempre hacen el mismo recorrido, que tienen dos o tres distintos. A mí me habría gustado ver el dormitorio de Mary-Jane, la verdad.»

«Sí, es casi raro que ni siquiera haya mencionado a la pobre mujer, ¿no te parece? Hablaba todo el rato de 'decenas de mujeres de la familia Ashfield que murieron de forma misteriosa y trágica', pero las historias que nos contó Benedict, ni una palabra. Puedo entender que a él, como historiador, no le haga mucha gracia. Y a mí me parece casi trágico. Que una mujer haya vivido aquí un destino realmente terrible y que luego nadie la mencione…»

Ethel asintió. «Sí, es triste. Por eso he decidido que mi protagonista se llamará Mary-Jane y será descendiente de aquella mujer histórica, a la que se parecerá como dos gotas de agua. Así podré contar su historia de forma paralela. No será un artículo académico, pero seguro que lo leerán más personas.»

«Eso me parece muy bonito, tengo que admitirlo. Pero, ¿no le prometiste a Benedict que esta noche cocinarías algo caribeño?»

«Sí, ¿por qué?»

«¿Y no deberías ir a comprar entonces?»

«Ay, es verdad... aquí no hay ama de llaves...»

5

«Esto está realmente...»

«¿Picante?», preguntó Ariadne.

Benedict cogió el vaso de agua, con gotas de sudor en la frente. «¡Delicioso, quería decir! ¡De verdad! Quizá un poco... especiado. Nunca he estado en el Caribe, ¿de dónde es usted exactamente?»

«¡Benedict!», dijo su esposa Alexandra, pero Ethel simplemente rió y le restó importancia con un gesto.

«Créame, querida, con mi tono de piel, esa pregunta no es nada fuera de lo común. Soy de Barbados, pero estudié en un internado aquí en Inglaterra. Y en la universidad conocí a mi completamente blanco y británico esposo.»

«Eso no debe de haber sido fácil.»

«¡Benedict! Ya basta, de verdad. Perdone a mi marido, querida.»

«No se preocupe, tiene razón. Su familia era bastante... tradicional, y nunca antes había habido una vizcondesa negra. Tuvimos que pelear un tiempo, pero al final logramos imponernos.»

«Tu familia tampoco estaba del todo encantada», dijo Ariadne y se sirvió un poco más de arroz. ¡El pollo no era picante, era infernal!

«No, los prejuicios existen por ambos lados, es cierto. Aunque debo decir que lo que más molestaba a mi madre era la diferencia de edad. Mi marido era casi veinte años mayor que yo.»

«¿Oh, dijo "era"?», preguntó Alexandra mientras, con disimulo, escondía parte del pollo bajo una hoja de lechuga.

«Sí, murió, hace ya más de diez años. Fue durante la epidemia de gripe española.»

«Qué época tan terrible... Señora Arlington, ¿usted está casada?»

«Estuve casada, pero me pasó lo mismo que a Ethel. Así fue como realmente nos hicimos amigas. Se podría decir que fue el lado positivo de toda aquella tragedia. Tantas personas que perdimos en ese tiempo, y tan poco después de aquella guerra horrible. Pero dejemos las penas, esta noche debe ser agradable. Alexandra, dígame, ¿cómo se sobrevive al lado de un historiador? Y tiene que contarme dónde consiguió ese vestido tan fabuloso.»

«El postre lo puse yo, así que hay un inocente crumble de manzana con nata montada y un poco de jerez de la bodega de Michael. Seguro que no le molestará.»

«¡Ahora cuéntenos! ¡Ustedes estuvieron en Ashfield House!», dijo Benedict. En el rostro de Alexandra, Ariadne vio enseguida que ella no era precisamente fan de la "casa encantada", ya eran por lo menos dos.

«Bueno, hicimos una de esas visitas guiadas... Hay que reconocer que se esfuerzan por asustar a los turistas», dijo Ethel.

«Pero en lo que respecta a los hechos históricos, son bastante... digamos 'creativos'. Y a la pobre Mary-Jane ni la mencionaron», dijo Ariadne, soplando el crumble caliente.

«Es de muy mal gusto, si me permite decirlo. No es solo la historia de esa casa, también está el dueño», dijo Alexandra, dando un sorbo a su jerez.

«¿Ah, sí?»

«¡Ese hombre explota a los jóvenes! En casa tenemos una habitación libre desde que se fue nuestro hijo. A veces la alquilamos, no a turistas, pero sí a trabajadores de temporada o a algún joven diácono. En los últimos tres veranos tuvimos a un chico encantador llamado Larry Smyth que trabajaba en esa casa. Los dos primeros años estudiaba interpretación y trabajaba solo durante las vacaciones; este año ya está a tiempo completo. Ha tenido suerte porque le han dado el papel de 'Lord Ashfield', así que trabaja todos los días, pero los demás... Eso es un abuso. Les paga un sueldo ridículo, apenas les alcanza para una habitación y una comida decente al día. Solo ganan más si les toca hacer una 'actuación'. El tal Lord lo decide cada semana según un horario: un día uno es el fantasma, al día siguiente otro. Solo los que actúan ganan algo más. En los anuncios dice que también les da comida, pero consiste en un té aguado y unos bocadillos. Y estos jóvenes trabajan duramente, se encargan de todo ellos mismos, los aparatos, los disfraces, el maquillaje... Ese Arbuckle es un sinvergüenza. Y claro, sabe perfectamente que todos esos chavales compiten entre ellos por salir en escena, así que hay bastante mal ambiente entre los actores.»

«No suena nada encantador nuestro Lord Arbuckle», dijo Ariadne. «Y con esa casa debe estar ganando una fortuna. ¡Cobra siete chelines por persona y había cientos de personas! Si eso pasa todos los días...»

«Y sí que pasa», dijo Benedict. «Al menos durante los meses de verano. En invierno hay menos gente, pero en noviembre, para Halloween, organiza visitas nocturnas especiales, y también se pueden contratar tours privados en ciertas fechas. Arbuckle vive de eso —y no le va nada mal, eso se lo aseguro. Mi mujer tiene toda la razón: ¡ese hombre es un explotador!»

«Espero que hayan oído bien: ¡mi adorado marido dice que tengo razón!», dijo Alexandra, pero luego rió. «Benedict me dijo que querías escribir una novela sobre esa casa. ¿Has reunido ya suficiente material?»

«No, para nada. Me gustaría volver a secuestrar a su marido, si no le molesta. Para que me dé los datos duros, digamos.»

«No me molesta en lo más mínimo, así me deja en paz un rato. Aunque reconozco que, desde que se jubiló, está menos en casa que cuando trabajaba. Gracias a Dios por la 'Historical Society'. Si miro a los maridos de mis amigas... se pasan el día tirados en casa, desordenándolo todo.»

«Estoy aquí, cariño.»

«Y yo te quiero, amor mío, pero si estuvieras todo el día en casa, ¡me volverías loca! Ya lo dice el refrán: quien no se mueve, se oxida. Pero entonces, ¿no quieres volver a la casa?»

«Sí quiere. Ya ha comprado entradas, aunque no entiendo qué ganamos con otra visita», dijo Ariadne, mirando la cesta donde Mr. Higgins dormía roncando. También él se había zampado medio pollo —sin especias, claro.

«Lo confieso: ¡soy una chica rebelde! Pienso escabullirme con Ariadne para explorar la casa por los caminos no oficiales. ¡Necesito entrar al dormitorio de Mary-Jane! Solo así podré entender realmente a esa mujer.»

«¡Oh, no! ¡Conmigo no cuentes!»

«¿Qué pasa? ¿Te da miedo que nos topemos con un fantasma de verdad?»

«No, ¡pero sí con un vigilante!»

«No seas aguafiestas. Va a ser divertido, toda una aventura. Además, me lo debes: yo también te ayudé con tus investigaciones de asesinato.»

«¿Ah, sí? ¿Usted ayuda a la señora Arlington con sus investigaciones? ¿Forman una especie de equipo, entonces?», preguntó Benedict.

Ariadne frunció el ceño. «No exactamente. Y cuando escribo, soy más bien una solitaria. Además, nuestras maneras de trabajar son muy distintas. ¿Sabe? Un crimen hay que planearlo todo, al milímetro, escribirlo con mucha antelación… En fin. Ethel se refiere a que estuvimos involucradas en un asesinato real, una historia bastante desagradable —nada para contar en la cena.»

«De hecho, ya era el segundo caso de Ariadne —y resolvió también un tercero. ¿Oyeron hablar del caso del Hotel Kensington en Londres?»

«¡No! ¿Eran ustedes? Yo pensaba que la 'famosa escritora de crímenes' había sido Agatha Christie», dijo Alexandra.

«No, esa solo se robó la historia…»

«¡Tienen que contárnoslo todo!»

«Encantada, pero vayamos al salón, allí se está mucho más cómodo.»

«Es una pareja encantadora, ¿no te parece? ¡Y tan educados.»

«¿Educados por qué? Encantadores, sí, son divertidísimos.»

«Tienen que ser educados, porque se comieron tu horroroso pollo sin rechistar.»

«¡Eres una bruja!»

«Estaba seco y picaba como el demonio.»

«¡Así es como se come en el Caribe!»

«Sí, claro. Y cada año en Barbados mueren cientos de personas porque se prenden fuego espontáneamente o se atragantan con pechuga de pollo.»

«¡Y tu crumble estaba demasiado dulce!»

«No, no lo estaba.»

«Vale, estaba muy bueno… Bueno, la próxima vez mejor vamos directamente a un restaurante. La receta era de mi abuela y supongo que ahora mismo su fantasma me está maldiciendo. ¿Quieres un chocolate caliente? Podría…»

«¡Por el amor de Dios, déjame hacerlo a mí! ¿Y de verdad piensas escabullirte mañana durante la visita?»

Ethel se echó a reír. «¡Dicho así, parece que planeo robar las Joyas de la Corona! Vamos, Ariadne, solo quiero echar un vistazo. A lo sumo nos echarán, ¿no?»

Ariadne suspiró. «Está bien, como quieras. Pero antes de preparar el cacao, tengo que sacar a Mr. Higgins a dar una vuelta —¡y tú vendrás conmigo!»

«¡Oh! Pero no me apetece nada.»

«A Mr. Higgins tampoco, pero no hay más remedio…»

Estaba tumbada en la cama, dándole vueltas a toda esa historia de los fantasmas. Era una auténtica pena que en la visita no se hubiera mencionado a Mary-Jane ni una sola vez. Si la víctima hubiese sido un hombre que murió en circunstancias misteriosas o envenenado por su esposa, seguro que lo habrían contado con lujo de detalles. El pobre infeliz, víctima de una bruja lujuriosa, celosa o codiciosa. Probablemente hasta habrían dicho que la casa estaba maldita. Jamás lo diría en voz alta, pero no estaba segura de que una novela de Ethel fuese el marco adecuado para reivindicar a Mary-Jane. No es que un crimen suyo fuera mucho mejor. Al fin y al cabo, eran lecturas ligeras y una historia así requería cierto tacto, sensibilidad y profundidad. Por otro lado… ¿quién leía literatura realmente exigente si no era por obligación? Sus lectoras querían desconectar, pasar un buen rato y dejarse llevar un poco por la tensión. Eso no significaba que no se pudieran incluir ideas o mensajes, pero había que hacerlo con sutileza, sin golpear al lector con un mazo. Quizá no era tan mala idea que Ethel contara la historia de Mary-Jane y la hiciera llegar así a un público bastante amplio… bueno, lectoras, en su mayoría. Y una novela de misterio ambientada en una casa encantada no sonaba tan mal. Otra cosa era volver a visitar esa casa de los horrores. Seguramente notarían enseguida que faltaba

alguien del grupo y comenzarían a buscarla por todas partes. Como mínimo las echarían —y qué vergüenza. Seguro que acabaría saliendo en el periódico. «Dos autoras estrella invaden ilegalmente la casa encantada de Canterbury —¿han perdido el juicio?» Y Margret les haría la vida imposible. Suspiró y esponjó la almohada. Luego cogió aquella horrible novela americana de estilo hardboiled sobre un detective privado siempre borracho y de mal humor, vestido con gabardina. Bueno, en realidad no era estadounidense, y el autor tampoco se llamaba J.F. Stevens, sino Charles Thunderthickle y era de las afueras de Londres. Quien fuera que aceptó su solicitud para ingresar en el Detection Club, y que ahora provocaba que ella estuviera aquí, en la cama, perdiendo el tiempo con esa porquería llena de palabrotas y comportamientos indecentes, merecía convertirse en la próxima víctima de su propia novela…

6

El Lord Ashfield de ese día no era el mismo joven del día anterior. Llevaba un disfraz igual de gastado, pero su cabello era natural y también el bigote no estaba pegado. Aunque también era joven, tenía un aire de dandi y Ariadne notó que las chicas del grupo lo miraban embelesadas. Sin embargo, era menos talentoso, casi parecía aburrido.

«Vamos a echar un vistazo al salón», dijo con una sonrisa que no alcanzaba a sus ojos.

«Está realmente de buen ver», dijo Ethel, justo mientras él se enredaba contando una historia sobre alguna Lady Ashfield cuyo batín había salido ardiendo.

«Sí, pero… ¡uy!» Un pequeño grito recorrió el grupo cuando de repente la chimenea se encendió con un chasquido, seguido de un largo y agudo chillido.

«Gas», dijo Ethel.

«Claro, ¿qué iba a ser si no? Humphrey tiene uno igual en Londres», respondió, aunque tenía que admitir que también se le había acelerado el corazón. «¿Cuándo piensas escabullirte?»

«El otro grupo acaba de subir por la escalera y giraron a la derecha, así que supongo que todas las visitas hacen siempre el mismo recorrido. En cuanto subamos, aprovechamos y giramos a la izquierda. Benedict me dijo que los cuartos de Mary-Jane están justo detrás de la segunda puerta. ¿Y qué te pasa con nuestro guía? ¡Si es un bombón!»

«Bueno, creo que él también lo sabe y…»

«¿Las señoritas tienen alguna pregunta?»

Ariadne se giró algo avergonzada hacia el joven, que sonreía, pero cuyos ojos revelaban una impaciencia evidente: no soportaba que le interrumpieran durante su visita.

«Oh, no, disculpe, es que ha sido tan espeluznante…»

«Claro, es una casa encantada. Si quieren acompañarme a la biblioteca… En esta sala del caserón, las dos hijas de Lord Alistair Ashfield encontraron una muerte horrible y aterradora…»

La visita en la planta baja duró esta vez bastante más, también porque su Lord se entretenía con esmero con algunas de las jóvenes y atractivas estadounidenses que formaban parte del grupo. A Ariadne le daba la impresión de que una visita privada para las tres rubias oxigenadas en vestidos ligeros habría sido mucho más de su agrado. Pero justo cuando ya casi había perdido la esperanza de que subieran al primer piso esa mañana, regresaron al vestíbulo por el salón de dibujo y él empezó a subir la escalera crujiente. Lo hacía como si lo conociera de memoria, ya que su mirada no se apartaba del, admitámoslo, impresionante escote de una de las jóvenes que, asustada, se aferraba a él a cada rato. Una situación beneficiosa para ambos, podría decirse.

«Atenta, que ahora es nuestra oportunidad y…» Otro pequeño grito, cuando el fantasma de un joven desapareció por la pared. Era parte del número, ya lo habían visto ayer. Seguro que había algún mecanismo que hacía girar uno de los paneles de madera. Lo nuevo era el vaivén de la lámpara de araña, acompañado de un gemido profundo. Ariadne no pudo evitar encontrarlo algo vulgar, considerando la presencia del guía…

Ethel miró alrededor y le hizo una seña. Ariadne no estaba del todo segura de si el guía no las estaría vigilando con más atención ahora, ya que lo habían interrumpido antes, pero su interés por las jovencitas era visiblemente mayor. Ethel le lanzó una mirada más y saludó con disimulo. Vale, ya iba. Tras una última mirada a «Lord Ashfield», la siguió y giró a la izquierda, por un pasillo oscuro donde el polvo sí era real.

«¿Qué hacías? ¿Por qué tardaste tanto?»

«Solo quería asegurarme de que no se diera cuenta», dijo en voz baja. «¿Dijiste la segunda puerta?»

«Sí, detrás de la primera hay, según Benedict, un baño para el personal. Vamos, veamos rápido la habitación, tomo unas notas y nos largamos.»

Ariadne siguió a Ethel los pocos pasos restantes y contuvo la respiración cuando las tablas del suelo crujieron fuerte bajo sus pies. Pero nadie vino, así que se apresuró. Aquí sí que daba miedo la casa: oscura, algo rancia, con sombras danzantes y esos gemidos

que solo los edificios antiguos sabían emitir. Ethel ya había llegado a la puerta y había entrado.

«¡Madre mía, qué horror!»

Ariadne se apuró en entrar también. «¿Qué pasa?»

«¡Mira lo que han hecho con la habitación!» La voz de Ethel goteaba indignación, y Ariadne lo entendió de inmediato: el antiguo dormitorio de Mary-Jane servía ahora como vestuario improvisado, sala de descanso y almacén de vestuario. Se habían levantado muros de yeso apresuradamente, por todas partes había sillas modernas, disfraces, cajas y maletas. Olía a humo frío, sudor y talco. Apenas se intuía el antiguo esplendor del lugar. Carteles de películas y obras de teatro estaban pegados sin ningún respeto sobre los paneles de madera, y a un retrato —quizás de Mary-Jane— alguien le había dibujado un bigote.

«¡Esto es una falta de respeto!», dijo ella, y Ethel asintió.

«¡Una vergüenza! ¿Cómo pueden hacer algo así? ¡Es un auténtico caos! ¡Y hay platos sucios por todos lados!»

Ariadne se horrorizó especialmente con la pared añadida que interrumpía sin piedad las vigas del techo, que databan de la época Tudor. Del ambiente original de la alcoba de una dama noble no quedaba nada.

«¡Esto me da una rabia!», dijo Ethel, acercándose a uno de los burros de ropa. «Y si miras bien, ¡son harapos baratos! Parecen sacados del peor alquiler de disfraces que existe. ¿Qué se supone que es esto? ¿Una cortina reciclada? Entiendo perfectamente que Benedict deteste todo este circo.»

«Es bastante vulgar, coincido contigo», dijo Ariadne, y se giró hacia una selección de pelucas que parecían más bien pequeños animales muertos. Oyó un ruido y se dio la vuelta, preocupada por si algún actor entraba, pero era solo Ethel, que había abierto una puerta en la pared añadida. Volvió a mirar las pelucas y pensó si podría aprovechar algo. Un asesino que se disfrazara, quizás incluso como la víctima… Sí, eso sería interesante. El asesino es actor, conoce las máscaras y el vestuario, y… Un grito agudo la hizo volverse bruscamente. Salió corriendo. Ethel estaba con las manos en la boca, mirando un montón de ropa.

«¿Qué pasa? Por el amor de Dios, Ethel, ¡si es solo un disfraz con un poco de sangre falsa y…!» Frunció el ceño. ¿Era un maniquí? Claro que sí. Tenía que serlo, porque si no…

«¡Dios mío, Ethel, es un cadáver!»

«¡Sí! ¡Y por qué, por qué te traje conmigo! ¡Tendría que haberlo sabido, que íbamos a meternos otra vez en algo así!»

«¡Ya basta! ¡Y no toques nada!» Aspiró. Aunque también aquí olía algo a cerrado, a polvo, sudor y humo, había otro aroma más… denso y casi fresco. «¿Lo hueles?»

«¿El qué?»

«No estoy segura… ¿podría ser un perfume?»

«¿Pero qué estás haciendo? ¡Por Dios!»

Ariadne dio un paso atrás, lejos del cadáver de la joven.

«¡Es aftershave! ¡Huele a loción para después de afeitar!»

«¿Y?»

«No lo sé, ¡pero podría ser una pista!»

«¡¿Lo ves?! ¡Ya estás investigando otra vez!»

«¿Y quién fue la que insistió en colarse por la casa? ¿Tú o yo? Y este no es el momento de discutirlo. Creo que deberíamos avisar a nuestro querido 'Lord Ashfield'... y a la policía.»

7

«Y ahora explíquenme otra vez, muy despacito, por qué estaban ustedes aquí, damas», dijo el inspector jefe Hammerstone, mientras movía ligeramente un pie. ¡Cómo echaba una de menos al encantador DCI Jones!

«Estábamos... buscando un baño», dijo Ethel, mientras recogía su pasaporte, que el agente le devolvía.

«¿Ah, sí?»

«Bueno, en realidad…» Ethel la empujó con el codo, pero Ariadne no tenía ganas de mentir. Las mentiras llevaban siempre a más mentiras…

«Ethel y yo somos escritoras, y ahora mismo ella está escribiendo un libro que transcurre en una casa encantada de Kent. Ayer hicimos la visita guiada, pero en ella no se mostraba la habitación de Mary-Jane, la antigua dueña de la casa. Solo queríamos verla —y nadie dijo de forma explícita que estuviera prohibido pasear por el edificio por cuenta propia.»

Hammerstone frunció el ceño, luego sonrió sin humor. «¿Quiere decir salvo por el cartel que pone "Privado, prohibido el paso" justo en la escalera? ¿O el aviso de "Permanezcan siempre en el recorrido señalizado" abajo en el vestíbulo?»

«Es que está bastante oscuro, inspector jefe, lo habremos pasado por alto sin querer…», dijo Ethel.

Hammerstone suspiró.

«Bien. Veré si el propietario quiere presentar cargos contra ustedes o no.»

Ethel abrió la boca, pero esta vez fue Ariadne quien le dio un pequeño codazo.

«Por supuesto, por supuesto. Nos disculparemos personalmente ante Su Señoría, Inspector Jefe. Pero mírelo así: gracias a que nosotras, sin querer y sin mala intención, vinimos aquí, hemos encontrado el cadáver de esa pobre muchacha.»

Hammerstone murmuró algo en su inexistente barba.

«Está bien. Lo dejaremos ahí por el momento. ¿Encontraron el cuerpo tal como está? ¿Y no tocaron ni alteraron nada en la sala?»

«No, claro que no. Usted sabrá que soy escritora de novelas de misterio, así que algo sé de estos temas.»

La mirada de Hammerstone decía claramente lo que pensaba de eso, aunque prefirió no decir nada.

«Pero nos llamó la atención algo, no sé si será importante, pero…»

«¡Hable ya!»

«Al entrar, olía de forma muy intensa a un aftershave. Claro que eso puede no significar nada, ya que los actores evidentemente se cambian en la sala contigua, pero tal vez sea una pista. Sus agentes ya han tomado fotos de esas pisadas bastante grandes, ¿verdad?»

Ahora él parpadeó, sorprendido.

«Sí, señora, lo hicieron. Pero como usted misma ha dicho, eso podría no significar nada, aquí entra y sale gente todo el tiempo.»

«Pues en realidad no», dijeron a sus espaldas. Era el joven simpático del día anterior, ahora de civil. Sin bigote postizo ni peluca mal puesta.

«¿Y usted es?»

«Michael Blomquist. Soy uno de los actores. ¡Qué horror lo de Marigold! ¿Quién haría algo así?»

«Ha dicho "en realidad no". ¿Qué quiso decir con eso?», preguntó Ariadne, viendo que Hammerstone le lanzaba una mirada.

«Usted estuvo ayer en mi visita, ¿verdad? Es usted la autora de novelas de misterio que tanto le gusta a mi casera, ¡Ariadne Arlington!»

«Así es. Y esta es Ethel Witherspool, también escritora.»

El joven no parecía seguro de si podía entrar en la sala o no, pero Hammerstone hizo un gesto con la mano para invitarle a pasar. La puerta de la habitación del hallazgo estaba cubierta con sábanas y el cadáver no era visible. Aun así, el joven vaciló un momento, pero luego dio un paso hacia la sala de vestuario.

«¿Entonces?»

«Bueno, esto de aquí es nuestro camerino y la sala de descanso, pero la habitación del fondo es más bien un trastero, casi nadie entra ahí. Creo que Marigold iba allí a veces para estar sola, porque era algo… sensible.»

«¿Sensible? ¿En qué sentido?», preguntó Ethel. Ahora sí que Hammerstone ya no parecía divertido.

«No llevaba bien los ruidos fuertes ni el alboroto. Al menos a veces. No era… rara, solo algo… delicada.»

«¿Y eso lo sabían todos los que trabajan aquí?», preguntó Hammerstone.

«Sí, creo que sí. No somos tantos en plantilla, este año solo somos diez.»

«¿Hay una lista con todos los empleados? ¿Y turnos de trabajo?»

«Sí, inspector jefe, claro. Los tiene Su Señoría, y el horario está colgado abajo, en la cocinita. Ayer Marigold tenía el turno de tarde, desde las dos hasta el cierre, conmigo, Laura McDonald, Sarah Morgan y Richard Hills. Marigold tenía el cierre, por eso se quedó más tiempo. Richard y yo nos fuimos después al pub, sobre las siete y media. Laura y Sarah salieron con nosotros pero se fueron directo a casa. Yo le pregunté a Marigold si quería ayuda para cerrar, pero me dijo que no hacía falta. ¡Si tan solo me hubiera quedado!»

«¿Y ese Richard y las otras chicas están también aquí?», preguntó Ariadne.

«Richard está en la parte técnica, Laura hace ahora de Lady Ashfield en la biblioteca, y Sarah tiene turno de tarde. Hoy también está Anne Billford. Y la visita de ahora la guía John Hitchfield.»

«Entonces, ¿quién está ahora en el edificio?», preguntó Hammerstone.

«Yo empiezo ahora mi turno. En el de tarde están también Liam Ulbridge, Kathy Winter, Peter Suffcliff y Lisa Humphrey. En el de mañana estaban John, Anne, Laura y Richard. Laura tenía libre hoy, pero ha cubierto a Marigold, que había pedido el día para una cita.»

«¿Y qué cita era esa?»

«No lo sé, señora Arlington, lo siento.»

«¿Y cómo es el ambiente entre los actores? ¿Alguien tenía un motivo para estar enfadado con Marigold?»

«No. Si hay alguien que no tenía enemigos, era ella. ¡Siempre amable, muy querida! Y de verdad que nadie más se quedó en el edificio, ¡lo sé! Creo que fui la última persona que habló con ella y…» De pronto su rostro se llenó de horror y se mordió el labio inferior.

«¿Y qué relación tenía usted con la señorita Jones?», preguntó Hammerstone con una sonrisa enigmática, aunque con un deje acechante detrás.

«¿Qué relación? A veces charlábamos un poco, en los descansos o después del turno, pero no éramos amigos. Mire, inspector jefe, esta es mi primera temporada aquí. Me apunté con Richard porque acabamos de terminar los estudios esta primavera y necesitábamos dinero. Los demás ya lo han hecho tres o cuatro veces y se conocían bastante más.»

«Hay un sargento en la cocinita. Hágame el favor de ir con él. Apúntele los nombres de todos los empleados —y entréguele las botas que usa para las visitas. Que tome también una huella de sus zapatos. Dígame, señor Blomquist, ¿usted usa aftershave?»

«¿Aftershave? No, nunca, ¿por qué?»

«Rutina. Por favor», dijo Hammerstone, señalando la puerta. Blomquist tragó saliva y salió rápido.

«Y en cuanto a ustedes, damas, creo que ya he recogido sus declaraciones y hemos terminado aquí. Si necesito algo más, tengo su dirección y…»

«Bueno, Rupert, por ahora ya hemos terminado. Me llevaré a la chica a medicina forense y lo examinaré con más calma. Pero ya puedo decirlo: causa de muerte, disparo a corta distancia en la cabeza.»

«¡Ahora no, Graham!»

El forense, que acababa de salir de la otra sala, se encogió de hombros, se encendió un cigarrillo y se dejó caer en uno de los sillones viejos. «Tengo tiempo. Señoras Arlington, Witherspool, encantado. Graham Gersford, como ya habrán deducido, soy el forense. Rupert, ¡tú sí que puedes presumir en casa!»

«¿A qué te refieres?»

«¡A que estás llevando una investigación con dos autoras estrella! ¡Eso no lo puede decir cualquiera!», dijo Gersford guiñándole un ojo a Ariadne. El hombre se parecía más a una estrella de cine que a un forense, con su peinado perfecto y su fino bigotito a lo Errol Flynn. Además, era delgado y vestía con elegancia. En resumen, el polo opuesto de Hammerstone, que se rascaba la barbilla áspera.

«No creo que estas damas vayan a participar en nuestra investigación…»

«¡Oh, pero claro que sí, Inspector Jefe! Nuestra querida Ariadne ha escrito más de cuarenta novelas de misterio —¡y ha resuelto tres asesinatos reales! Es una idea estupenda que nos echen una mano, ¿no le parece?»

«Y ante una propuesta tan encantadora, ¿quién podría decir que no, inspector jefe? Yo propongo que dejemos que sus hombres aseguren la escena del crimen y nosotras vayamos hablando con el personal, ¿le parece?»

Él solo gruñó algo y se levantó. Estupendo, entonces otra investigación. Tenía que admitir que, pese a la tragedia de la víctima, la idea de atrapar a un asesino real le resultaba bastante emocionante…

«Por cierto, damas: si tuviera que apostar, diría que el asesino es un hombre. Un disparo a quemarropa en la cabeza requiere sangre fría. Y seguro que ustedes también notaron el aftershave, ¿no es así?»

«Sí, lo notamos. ¿Puede decirnos algo sobre la hora de la muerte?»

«Por supuesto, señora Arlington: la joven fue asesinada anoche, entre las ocho y media y las once.»

«¡Es usted un encanto!»

«¡Ya lo sé, ya lo sé!»

8

«Aquí.» Ariadne le ofreció a Laura un pañuelo, que esta aceptó con los ojos llenos de lágrimas.

«Es todo tan horrible, ¡la pobre Marigold!»

«¿Eran amigas?»

«Sí, se puede decir que sí. Marigold y yo éramos, bueno, las veteranas, por así decirlo. Este era nuestro sexto año en la casa, hemos visto pasar a todos los demás.»

«¿Seis años? Es bastante tiempo.»

«Sí, también podría decirse "demasiado tiempo", señora. Nos graduamos en 1929 y luego vimos un anuncio en el periódico. Su Señoría buscaba un elenco de verano para la casa y nos postulamos sin pensarlo mucho. Los dos primeros años incluso compartimos una pequeña habitación.»

«¿Y luego ya no?»

«No, ya no fue posible. Marigold solo trabajaba aquí en verano y en invierno se iba al norte, a un pequeño teatro en Escocia. Yo no he tenido tanta suerte, la verdad. Salvo alguna cosilla local, no he conseguido ningún papel importante, así que desde el tercer año también trabajo aquí en la temporada de invierno y me he mudado definitivamente a Canterbury. Vivo con la señora Pomfrey, pero la habitación es muy pequeña para dos personas.»

«Entiendo. El señor Blomquist nos dijo que ayer usted hizo el turno de tarde junto con Marigold, Michael, Richard y Sarah, ¿es correcto?»

«Sí, es correcto. Por las tardes viene mucha más gente que por las mañanas y Su Señoría insiste en que haya personal con experiencia cuando se llena la casa. Marigold interpretó a Lady Ashfield durante la primera parte del turno, luego la sustituí porque no se encontraba bien. Migraña. Quería descansar un momento y luego pasó a encargarse de la parte técnica y del fantasma en la escalera. Después ya se sentía mejor; de hecho, le pregunté si quería que hiciera el cierre por ella, pero lo rechazó. Yo vivo a pocas calles, Marigold tiene que caminar casi veinte minutos. Pero dijo que, total, en verano aún hay luz. Me despedí de ella y me fui a casa con

Sarah. Sarah vive a una calle de la mía, solemos ir juntas. Richard y Michael se fueron al pub, nos esperaron cuando salimos.»

Ariadne frunció el ceño. Entonces no fue Michael la última persona que vio viva a Marigold, sino Laura. ¡Pobre chica!

«¿Le confió algo Marigold? ¿Tenía miedo de algo o de alguien?»

«Tuvo un admirador bastante insistente una vez, un visitante que venía dos veces al día, eso fue el año pasado. Era un estadounidense y este verano no ha aparecido por aquí… No se me ocurre nadie más. Marigold era muy querida por todos, también —o quizás justamente— porque era tan sensible a veces. A los hombres les gusta eso…»

Bueno, ¿y ese comentario?

«¿Quiénes tienen llave de la casa?»

«Ah, eso varía. Su Señoría tiene siempre una. Luego hay una para el equipo de limpieza, pero ellos solo vienen una vez a la semana. La persona que abre por la mañana tiene otra; hoy fue Peter. Y la del cierre, claro. Ayer la tenía Marigold, y hoy, si no me equivoco, le tocaba a Richard.»

«¿Y se puede abrir la puerta sin llave? Noté que había una cuña puesta.»

«Así es, señora. Si la puerta se cierra, hace falta una llave para abrirla. Ayer por la noche yo la cerré al salir, siempre lo hacemos así para que nadie se cuele durante el cierre.»

«¿Ha pasado alguna vez que alguien se haya colado en la casa? ¿O que alguien se haya escondido tras una visita?»

«No, contamos a todos los visitantes al inicio y al final de cada grupo. Claro que, en teoría, alguien podría colarse en un momento tranquilo, pero nunca ha pasado. El cierre sirve más que nada para apagar toda la técnica de la casa, comprobar que las ventanas estén cerradas, que no haya nada en los fogones, cosas así. A veces también encontramos cosas que los visitantes olvidan o pierden, y las dejamos en la sala pequeña donde… donde encontraron a…»

Se secó los ojos húmedos y tragó saliva.

«¿Tenía novio Marigold?»

«No, no tenía pareja. Creo que salió un par de veces con alguien, pero, ya sabe, en temporada alta una llega tan cansada por la noche

que no le apetece salir.»

«¿Pero le mencionó que había salido con alguien un par de veces?»

«Sí, pero no dijo con quién. Creo que era alguien del equipo, y Su Señoría no ve con buenos ojos que haya relaciones entre nosotros, ¿sabe?»

«Le agradezco mucho, Laura. Creo que lo mejor ahora será que se vaya a casa y se prepare una buena taza de té caliente.»

«¿Y bien?», preguntó Hammerstone.

«Richard Hills tuvo hoy el turno de mañana, así que llevaba consigo una llave de la casa. Laura me dijo que fue la última persona que vio a Marigold con vida. Luego se fue a casa con Sarah y cerró la puerta. Solo se puede abrir con una llave. Además, dijo que Marigold aparentemente tenía un pequeño lío con uno de los otros actores, pero no quiso decir con quién.»

«Sarah lo confirmó en el sentido de que también declaró haber ido a casa con Laura, y que Richard y Michael fueron luego al pub. Al parecer, eso hacen siempre que les toca el turno de tarde.»

«Puede que al final todo esto sea más sencillo de lo que pensábamos. Marigold tenía una pequeña aventura, y solo otro miembro del elenco —además un hombre— tenía una llave. Richard podría haberse emborrachado en el pub, luego regresado a la casa y haberle disparado», dijo ella.

«Sí, es una posibilidad. Un disparo a quemarropa es casi una ejecución. Algo así suele apuntar a un motivo personal, y el desamor lo es con frecuencia.»

«¡Qué me va a contar! Siempre intento inventarme nuevas razones por las que alguien mata a otro, pero al final acabas recurriendo a los viejos clásicos. ¿Dónde está Ethel, por cierto?»

«Su amiga está hablando otra vez con Michael —por cierto, sus botas no coinciden con las huellas. Tiene los pies bastante más grandes. No lo parecería al verle.»

«Y tampoco fue él quien vio a Marigold con vida por última vez, como él mismo creía, sino Laura. ¿Vamos a hablar con Richard, entonces?»

«Richard era un hombre alto y musculoso, con unos bíceps que se marcaban poderosamente bajo su camisa ajustada. Llevaba un fino bigote sobre el labio superior y el pelo muy corto. A primera vista resultaba algo intimidante, pero ¡esa sonrisa! Tenía una sonrisa capaz de derretir hasta un iceberg. ¡Y esa voz de barítono tan melodiosa!

«Sí, es cierto que tenía la llave, pero no la llevaba encima. Suelo perder todo lo que sea más pequeño que Stonehenge. Por eso guardo la llave de forma segura en una caja de madera al lado de mi cama. Y no volví a la casa en ningún momento, ni tampoco tuve ningún lío con Marigold, por cierto. Era una chica simpática y guapa, no lo niego, pero no era mi tipo.»

«¿Y cómo sería su tipo?», preguntó Hammerstone.

Richard sonrió, pero más bien parecía que enseñaba los dientes.

«Eso aquí no importa. Alguien menos sensible y un poco más… ¿cómo decirlo?... menos femenina. Pregúntele a Michael, él le dirá que Marigold no era en absoluto mi tipo – ni el suyo tampoco.»

«Entiendo», dijo Ariadne guiñándole un ojo, mientras Hammerstone solo fruncía el ceño, perplejo. ¡Hombres!

«¿Puede alguien confirmar dónde estuvo usted durante toda la noche?»

«Sí, Michael. Estuve con él en el pub. Además, compartimos un pequeño piso, dos habitaciones, cocina y un baño minúsculo, pero mucho mejor que cualquiera de esos cuartos de huéspedes. Lo malo es que se oye todo. Así que siempre se sabe quién entra o sale, inspector. Michael tiene el sueño muy ligero, le confirmará que nos quedamos en el pub hasta la hora del cierre y que volvimos juntos a casa. Como esta mañana tenía que abrir yo la casa, me fui a dormir enseguida. Michael se quedó ensayando para una audición.»

«¿Tiene usted alguna sospecha sobre quién pudo matar a Marigold?»

Se encogió de hombros y se encendió un cigarro.

«Una vez tuvo un admirador americano bastante trastornado. Le di una buena paliza el año pasado. Desde entonces no volvió a aparecer por aquí. No se me ocurre nadie más. A lo mejor fue un ladrón que intentó robar la caja. Hay una caja fuerte en la casa,

donde quien cierra el turno deja la recaudación del día, pero nadie lo sabe. Tal vez Marigold lo sorprendió y él le disparó. ¿Puedo hacer una pregunta?»

«Adelante», dijo Hammerstone.

«¿Por qué se les ha ocurrido que Marigold pudiera tener un lío con alguien del grupo?»

«Alguien nos lo mencionó.»

«¿Laura, verdad?»

«Eso no viene al…»

«Sí, ella fue quien me lo dijo.»

«Ma'am, no debería creer todo lo que dice Laura. Es una chismosa terrible y tiende a exagerarlo todo. Y en cuanto a los chicos del grupo, ni Michael ni yo tuvimos nada con Marigold, eso se lo aseguro. John… bueno, ese sí que es un donjuán, pero Marigold nunca se habría metido con él. Precisamente porque todo el mundo sabe cómo es. Y luego está Peter… pero… en fin, Peter es Peter. En el escenario se desenvuelve bien, pero en la vida real apenas puede hablar con una mujer.»

«¿Mencionó ella a algún otro admirador?», preguntó Hammerstone.

Richard dio una calada y negó con la cabeza.

«No conmigo. Aunque debo decir que tampoco teníamos mucho trato fuera del trabajo. Nuestra Marigold era católica y muy devota, inspector.»

«No entiendo qué tiene que ver eso con el asunto…»

«Se lo explicaré después. Gracias, Richard, eso sería todo por ahora.»

«Nuestro Michael y Richard…»

«Son pareja, sí», dijo Ariadne.

«¿Perdón? ¿Cómo se le ocurre algo así?», preguntó Hammerstone.

«Ay, inspector, ¡si él mismo se lo ha dado a entender bastante claramente! De verdad. ¿Y Michael ha confirmado que Richard estuvo toda la noche en casa? En esas circunstancias no es precisamente una coartada sólida, técnicamente hablando. Pero me inclino a creerle a Richard. ¿Y qué motivo tendría para asesinar a

Marigold? Ahí tenemos un pequeño problema, inspector. ¿Cómo entró el asesino en la casa?»

«¿En serio? ¿Esos dos son pareja? Pues eso sí que…»

«En el mundo del teatro no es nada raro. De verdad, Hammerstone, ¡la reina Victoria lleva más de treinta años muerta! ¡Vaya entrando de una vez en los años treinta!», dijo Ethel echándose el pelo hacia atrás.

«Si pudiera dejar a un lado su indignación moral por un momento, entonces…»

«¡Señoras! Que algo me sorprenda no quiere decir en absoluto que esté moralmente escandalizado. En ese sentido, pueden ustedes preguntarle a nuestro estimado forense, que lleva diez años compartiendo piso con un "amigo de la universidad".»

«Siempre nos sorprende, Hammerstone. Entonces: ¿cómo entró nuestro asesino en la casa?»

«Estamos revisando todo ahora mismo, cerrojos de ventanas, la puerta trasera, etcétera. Tengo que admitir que la teoría del señor Hills no me parece tan descabellada.»

«¿Qué teoría?», preguntó Ethel.

«Que se trató de un intento fallido de robo», dijo Ariadne.

«¿Inspector?»

«¿Qué ocurre, sargento?»

«Hemos intentado contactar con el propietario, Lord Arbuckle. Su secretaria nos ha facilitado un número en Londres. Al parecer está en una reunión de negocios, pero quiere saber si usted podría pasar esta noche a cenar con él.»

«Dígale que iré acompañado de dos damas encantadoras.»

«Muy bien, señor», respondió él, lanzando una mirada algo más larga de lo normal a Ariadne y Ethel antes de marcharse.

«¿Y ahora qué?», preguntó Ethel.

«Vamos a hablar un poco con los vecinos.»

9

Al parecer, la gente del centro de Canterbury se iba a la cama bastante temprano o era el tipo de vecinos más discretos que uno pudiera imaginar. Nadie parecía haber visto ni oído nada. Al fin y al cabo, uno no está todo el tiempo mirando por la ventana ni tiene por qué interesarse por lo que hacen los demás… Bueno, quedaba aún una casa, justo en diagonal frente a la casa encantada.

«Buenas tardes, policía de Canterbury, me llamo DCI Hammerstone y estas son dos… digamos…»

«¡Somos el equipo de apoyo!», dijo Ethel con una gran sonrisa, tendiéndole la mano al anciano que estaba en la puerta y entornaba los ojos.

«¡Maaaaargreeeet! ¡Es la policía!», gritó el hombre hacia el interior, sin parecer tener muy claro si debía dejar entrar a esa gente en su casa.

«¿El señor Heimler, cierto?», preguntó Ariadne. «Mi nombre es Ariadne Arlington, soy una investigadora independiente, por así decirlo, y colaboro con la policía local en la investigación del asesinato de Marigold Jones, una trabajadora de la casa encantada.»

«¡Ah, con que era eso todo el revuelo! ¡Maaaaargreeeet, tenías razón, ha pasado algo!»

Margret no respondió ni se la veía por ningún lado, aunque al parecer estaba muy atenta a las novedades.

«El crimen tuvo lugar ayer por la tarde, presumiblemente entre las ocho y las nueve. ¿Vieron ustedes por casualidad algo fuera de lo común? ¿Alguien merodeando por la casa? ¿O cualquier otra cosa?»

«¿Quieren pasar? Justo acabo de preparar una tetera de té», dijo él de repente con una sonrisa y un gesto invitador.

«¡Muy amable! ¡Una buena taza de té me vendría de perlas ahora mismo!», dijo Ethel, adelantándose a Hammerstone por el estrecho pasillo de la pequeña casa.

«Después de usted, DCI», dijo Ariadne, sonriendo a Hammerstone.

El interior de la casa era estrecho, muy estrecho. No solo por los techos tan bajos —Hammerstone ya se había golpeado la cabeza

dos veces en el salón— ni por el tamaño de las habitaciones —había sombrereras más grandes que aquel salón—, sino sobre todo por el hecho de que todo estaba abarrotado de muebles, plantas, chucherías, trastos y cachivaches. Mrs. Heimler, una mujer menuda y muy delgada, casi había pasado desapercibida entre tantas muñecas, ositos y otros peluches. Iba vestida solo con su camisón y llevaba una manta de ganchillo sobre los hombros.

«¿Ha dicho sobre las ocho?», preguntó con voz suave y quebradiza.

«Más o menos, quizá un poco más tarde, pero no antes», dijo Hammerstone.

«Había un hombre junto a la casa, muy alto y de hombros anchos, ¿te acuerdas, Charles?»

«Oh, sí, es cierto, comentamos que para el abrigo que llevaba hacía algo de calor, por eso nos llamó la atención.»

«Tonterías, Charles, nos llamó la atención porque era tan alto y tan ancho —y estaba calvo. No como tú, con esa coronilla, sino completamente calvo, como un huevo», dijo ella.

«¿Un hombre alto, ancho de espaldas, calvo y con un abrigo? ¿Y estaba rondando la casa?», preguntó Hammerstone, anotando en su libreta.

«¿Lo habían visto antes por aquí?», preguntó Ariadne.

«No, lo recordaríamos, ¿verdad, Charles?»

«Sin duda. Estaba merodeando frente a la casa, pero no puedo decirles adónde fue después. Fui a preparar un té y, cuando volví a mirar por la ventana, ya no estaba. Tú tampoco viste nada, ¿no?»

«No, no realmente. Creo que rodeó la casa, pero no estoy seguro. ¿Cree que podría haber sido el asesino?» Se ajustó la manta y miró a Hammerstone con ojos muy abiertos.

«Es posible, pero no deben preocuparse.»

«Me alegra oír eso. Supongo que esa horrible atracción tendrá que cerrar ahora, ¿verdad?», preguntó la mujer mientras daba un sorbo a su té.

«Bueno, en realidad…»

«¿Qué le molesta de la casa encantada?», preguntó Ethel.

«¡Es una vulgaridad! Y la gente que va allí pasa el día entero frente a nuestra ventana, tiran basura por todas partes y hacen un ruido insoportable. Esa casa es una molestia para todo el vecindario. Si no fuera por lo horrible de lo ocurrido, encendería una vela en la catedral para dar gracias de que este espectáculo se ha terminado. ¿Verdad que sí?» Miró a Hammerstone con un tono repentinamente cortante.

«No hay motivo para suponer eso por el momento. Estamos asegurando la escena, pero después Lord Arbuckle podrá seguir operando la casa», respondió él, y ella resopló con desprecio.

«¡Debería investigarlo! ¡Eso no puede ser legal! ¡Toda esa gente bloqueando la calle y armando tanto escándalo!»

Ariadne dejó su taza con cierto ruido y sonrió a Mrs. Heimler.

«Muchísimas gracias por su ayuda, nos ha sido de gran utilidad. Y ahora no queremos importunarlos más. No se moleste, sabremos salir solas.»

«Un hombre calvo, entonces podemos descartar a los miembros masculinos del elenco», dijo ella frente a la puerta de la casa.

«Creo que la descripción encaja bastante bien con Richard Hills. Es bastante alto, ancho de hombros y…»

«Tiene el pelo muy corto, sí, pero no está calvo. Y su cabello es casi negro. Mrs. Heimler habló de una cabeza como un huevo, Chief Inspector. No, Richard no puede haber sido. Michael no es especialmente alto ni ancho de hombros.»

«John y Peter tampoco. John tiene un pelo salvaje y Peter incluso lleva coleta. Es alto, bastante incluso, pero ni de lejos ancho de hombros, más bien un fideo. Admítalo, Hammerstone, ninguno de los chicos de la casa encaja!», dijo Ethel.

Hammerstone suspiró. «Eso habría sido demasiado fácil. Quizá nuestra Laura se equivocó y Marigold tenía un lío con el misterioso calvo. Tal vez alguno de los actores lo haya visto alguna vez.»

«Podemos preguntarles mañana, supongo que ahora se habrán ido todos obedientemente a casa», dijo Ariadne y miró su reloj. «Hablando de casa: esta noche estamos invitados por nuestro Lord

Arbuckle, quizá deberíamos arreglarnos un poco, ¿no te parece, Ethel?»

«¡Oh sí, sin duda! ¡Así no puedo ir a cenar de ninguna manera!»

«¿Ustedes son de la policía?»

Un joven con un dachshund en la correa se acercó a ellos. ¡Oh, cielos! ¡Mr. Higgins! Había que sacarlo a dar una vuelta urgentemente, qué fastidio.

«Sí, ¿en qué podemos ayudarle?», preguntó Hammerstone.

«¿Mujeres en la policía?», preguntó entonces.

«No, solo estamos colaborando», dijo Ethel.

«¿Ah sí? Bueno, no es asunto mío. Me llamo Zacchary Quinn y vivo en la casa de la esquina. Mi vecina me dijo que estaban preguntando por el vecindario si alguien había visto algo raro, así que pensé que debería acercarme.»

«¿Y qué fue lo que vio?»

«Dos cosas, podría decirse. Sobre las cuatro llegó un coche a la casa, un Ford negro pequeño. Se aparcó a la derecha, en el paso hacia el patio trasero, y uno de los trabajadores se subió. Pero no vi bien quién era, creo que era rubio.»

«¿Ah sí?», preguntó Ariadne.

«No sería tan raro, pero no se fueron. No sé qué estarían haciendo en el coche, pero se quedaron allí hasta pasadas las nueve.»

«¿Y no salió ni entró nadie más?», preguntó Ariadne.

«No, bueno, dieron una vuelta, eso fue como media hora después de haber llegado, pero luego volvieron al mismo sitio y ahí se quedaron. Creo que sobre las diez se marcharon.»

«Mencionó que notó dos cosas», dijo Hammerstone.

«Cierto. Poco después de las ocho había un tipo grande, de hombros anchos, calvo y con una chaqueta de cuero frente a la casa. Tenía una pinta bastante siniestra. Rodeó la casa y no salió hasta media hora más tarde, más o menos.»

«¿Podría describirlo con más detalle?»

«Llevaba una barba cerrada oscura, la cabeza completamente afeitada, chaqueta de cuero negra. Era un tipo muy alto, seguro medía un metro noventa, con unos hombros enormes. Pero ya lo había visto por aquí antes.»

«¿Ah sí? ¿En qué contexto?», preguntó Ethel.

«¿Saben quién es Caleb Hix?»

«¡Ilústrenos!», dijo Ariadne.

«Es un magnate inmobiliario de Londres. Ha comprado un montón de casas en el casco antiguo para renovarlas y revenderlas. Ha estado por aquí varias veces, y ese calvo es como su guardaespaldas.»

«¡Vaya! Eso sí que es interesante.»

«¿Podría pasar por la comisaría, Mr. Quinn, y dejar constancia oficial de su testimonio? Y quizá podríamos hacer un retrato robot… Bah, sabe qué, voy con usted. Las damas querían arreglarse un poco, ¿verdad? Entonces nos vemos luego en casa de Lord Arbuckle.»

«Estupendo, ¡hasta luego entonces!»

Mr. Higgins no tenía muchas ganas de dar un paseo largo y eso, esta vez, le venía de maravilla a Ariadne. Su tía le había dicho que debía sacar a pasear más tiempo a ese perro con sobrepeso y tremendamente vago, pero bueno, eso podía hacerlo otro día.

«Ya veo que no tienes el más mínimo interés, ¿eh? Lo entiendo, ese cojín donde estabas tumbado parece realmente cómodo.»

Él gruñó con aprobación, levantó la pata y luego la miró.

«Está bien, está bien, volvemos a casa. Esta noche tengo una cena con la tía Ethel, en casa de Lord Arbuckle. Sí, te quedas de piedra, ¿eh? Es el dueño de esa absurda casa encantada. Y tengo la sensación de que también tiene algo que ver con nuestro Mr. Hix. ¿No te lo había mencionado? Un magnate inmobiliario de Londres. Ya ves, tampoco sé muy bien qué pinta por aquí, no me mires así, querido. Y tienes razón, cuando vuelva esta noche, voy a preparar una estructura del caso. Muy buena idea, Mr. Higgins.»

10

«¿Aquí vive él?» Ethel frunció el ceño y se acomodó la estola de piel.

«¿Qué esperaba? ¿El Palacio de Buckingham?», preguntó Hammerstone mientras cruzaba rápidamente el sendero de grava hacia la entrada. Durante toda la tarde el aire había estado pesado y húmedo, y ahora unas nubes oscuras, casi negras, avanzaban desde el canal hacia el interior. Probablemente habría una tormenta de verano bastante fuerte en el transcurso de la noche… Ariadne miró la casa en la que vivía Arbuckle. Al parecer, tenía debilidad por las mansiones tétricas y pasadas de moda. Esta era una casa de campo, probablemente de la época Tudor, como la casa encantada, con entramado de madera y muchísimas chimeneas. Partes del edificio estaban cubiertas de hiedra, y viendo el jardín, no parecía que la casa estuviera en un estado especialmente bueno…

«Quizás empezó a reformar por dentro», dijo entonces, justo cuando Hammerstone hacía sonar el llamador antiguo con forma de perro. Ethel la miró de reojo, pero no dijo nada. Pasó un buen rato hasta que se oyeron pasos apresurados y la puerta se abrió.

«¡Ah! Usted debe de ser el Chief Inspector Hammerstone y… ¡No puede ser! ¿Ethel Witherspoon y Ariadne Arlington? ¡Válgame Dios, qué honor para mi humilde morada! Chief Inspector, ¡debería haberme advertido que vendrían celebridades literarias!» Besó la mano de Ethel y luego la de Ariadne, sonriéndoles con entusiasmo.

«El placer es todo nuestro, milord», dijo Ethel.

«Oh, por favor, mis amigos me llaman Archie.»

«Entonces gracias por la invitación, Archie.»

«¡Por favor, pasen!»

Archie Arbuckle… ese nombre parecía sacado de una novela. Pero el buen lord no era como se lo habían imaginado. Archie era un hombre alto, delgado, con un bigote coqueto y un peinado algo anticuado que parecía una permanente. Iba vestido de tweed, como se estilaba en el campo, y aun así parecía una auténtica estrella de Hollywood. Era extraordinariamente apuesto y su sonrisa… No era

de extrañar que le resultara tan fácil convencer a jovencitas como Marigold, Sarah o Laura de interpretar a un fantasma en su casa..

«He leído en el periódico lo del incidente en Londres, con ese restaurante… ¡No sabía que ustedes dos se dedicaban ahora a investigar con regularidad!», dijo Archie mientras les ofrecía un cóctel preparado por él mismo. Hasta ahora no habían visto a ningún miembro del personal en la casa.

«Bueno, llamarlo 'con regularidad' quizá sea exagerar un poco, tampoco tendría tiempo para eso además de escribir. Es más bien casualidad, por así decirlo. Más o menos tropezamos con el cadáver de la pobre Marigold.»

Se acomodaron en los sofás y Ariadne dio un sorbo al cóctel. Sorprendentemente bueno.

«Sí, una tragedia, ¡pobre chica! Conozco a Marigold desde hace seis años, ella y Laura estaban desde el principio, así que, claro, se llega a conocer a la gente. Es una verdadera pena. Era una actriz con mucho talento, en realidad demasiado buena para una atracción de feria como mi pequeña casa encantada. No me mire así, querida Ethel, soy perfectamente consciente de que lo mío no es precisamente entretenimiento de alto nivel, pero, siendo honestos: para la mayoría de los visitantes es más que suficiente, sobre todo para los americanos. Y los actores se esfuerzan mucho, aunque claro, unos más que otros…»

«¿Y cuando dice "menos", está pensando en alguien en particular?», preguntó Hammerstone.

«Digamos que no creo que John continúe con nosotros una segunda temporada. Le interesa más conocer a la próxima chica guapa que su trabajo. Y suele llegar tarde o con resaca. Aunque esto sea una producción provinciana, eso no se puede tolerar. Pero, ¿puedo yo hacer una pregunta?»

«Por supuesto.»

«¿Qué hacían ustedes dos en esa habitación? Actualmente es un vestuario provisional, porque tuvimos una filtración de agua en la planta baja, pero esa sala no forma parte del recorrido.»

Ethel sonrió con esa expresión que seguramente consideraba su mejor versión de «chica inocente pillada en falta».

«Ay, Archie, ¡fue culpa mía! Estoy trabajando en una novela muy interesante sobre una casa encantada y la suya me fascinó tanto que no pude resistirme. Escuché las historias sobre Mary-Jane y quise ver el dormitorio de la pobre mujer. Así que convencí a Ariadne de que nos escabulléramos durante el recorrido. Soy la única responsable… Espero que no esté molesto.»

Archie se echó a reír. «No, en absoluto. Pero podrían haberme avisado, y yo les habría enseñado todo lo que quisieran ver.»

«Puede que me tome la palabra en otro momento.»

«¡Sería un placer!»

Ariadne carraspeó. «¿Podríamos volver a hablar de los actores?»

«Oh, claro, perdón. Bueno, supongo que ya han hablado con todos, ¿verdad? Este verano tengo diez miembros en el elenco; en otras temporadas fueron quince, pero… ya saben, todo cuesta dinero. Michael, Marigold, Laura, Sarah, Richard, John, Liam, Kathy, Peter y Lisa. Pero ya les preparé una lista. Como dije, Laura y Marigold estaban desde el principio. Peter y Liam llevan cinco años, Richard y Michael cuatro, y los demás están en su primera temporada con nosotros.»

Ariadne frunció el ceño. «Michael Blomquist mencionó a una tal Anne Billford, eso haría once.»

«Ah, sí, cierto. Anne es de Canterbury. Normalmente trabaja en la taquilla, pero de vez en cuando echa una mano. Esta mañana Marigold tenía libre, tenía una audición en Londres, si mal no recuerdo. Por eso Anne la sustituyó. Pero no forma parte estable del equipo artístico.»

«¿Una audición? ¿Entonces Marigold pensaba marcharse?»

«Bueno, todos lo desean, y no se lo puedo reprochar. Esto es un trabajo temporal, un trampolín hasta conseguir un papel de verdad. Pero incluso para alguien tan talentosa como Marigold, eso no es fácil hoy en día. Muchos teatros solo tienen un pequeño elenco fijo y el resto son invitados o actores de temporada. En invierno, Marigold solía estar en Brighton, en un pequeño teatro que hace comedias ligeras, por eso solo venía aquí durante el verano. Creo que

esperaba que esta vez fuese su gran oportunidad. Una verdadera pena, tan joven, con tanto talento, y que la vida se le haya truncado así…»

«No fue un accidente, Archie, ¡la asesinaron!», dijo Ariadne, y él frunció el gesto.

«Sí, lo hace aún más trágico. Pero antes de que pregunten: no puedo imaginar que haya sido alguien del equipo. Se llevan bastante bien, y Marigold era muy querida. Eso es fundamental cuando se trabaja tan cerca unos de otros. Siempre insisto mucho en que haya un buen ambiente en el equipo.»

«Señor, la cena está lista», dijo entonces una señora mayor, vestida de negro, que había entrado en la sala.

Archibald dio unas palmadas, sonrió y se puso en pie.

«¡Pues vamos, entonces! Hace demasiado que no tengo invitados…»

«Ha estado delicioso», dijo Ariadne, dejando la servilleta sobre el plato. Y bastante agotador, pensó. Archie había flirteado con Ethel de tal manera que temió que el centro de mesa acabara ardiendo. Además, se había explayado durante un buen rato hablando de por qué no usaba la historia real del fantasma, de los problemas con los vecinos —nada grave y desde luego nada que explicara el asesinato de Marigold— y de lo increíblemente caro que resultaba mantener la casa. Bueno, al menos eso era una buena entrada para el siguiente tema.

«¡Se lo diré a la señora Humphrey! Esa buena mujer ya cocinaba para mi padre, y es el único lujo que me permito.»

«Mencionó que el mantenimiento de la casa prácticamente lo deja en la ruina —¿se ha planteado alguna vez venderla?», preguntó ella.

Él hizo una mueca y encendió un puro.

«No, la verdad es que no. En los últimos tres años la casa por fin ha empezado a dar buenos beneficios, y justo hoy estuve en Londres negociando con una agencia de viajes. Queremos organizar excursiones en autobús desde Londres, sobre todo para turistas estadounidenses. El señor Golding, un empresario del sector, ha comprado una de esas mansiones del Renacimiento Isabelino en

esta zona, donde planea montar un hotel, también ambientado como casa encantada. Queremos colaborar para ofrecer rutas del terror en Kent.»

«¿Conoce por casualidad al señor Hix?», preguntó Hammerstone.

«¿Hix? Oh sí, conozco perfectamente a ese individuo tan desagradable. Lleva años detrás de esta casa. También quiere montar un hotel, en Ashfield House. Pero él no piensa hacer visitas guiadas ni nada por el estilo. Ya le he dicho varias veces que no pienso vendérsela —además, el precio que me ofrecía era ridículamente bajo.»

«O sea que su relación con el señor Hix no es precisamente cordial», dijo Ariadne mientras probaba un sorbo de jerez.

«No, ¡es un sinvergüenza! Perdón por la expresión, pero es la verdad. Ese hombre intimida a los propietarios, los presiona o directamente los estafa. Colabora con unos peritos y arquitectos que llegan a las casas diciendo que el estado del edificio es pésimo, que las reparaciones costarían más que el valor del inmueble… tonterías así. Muchos de los dueños son personas mayores, se asustan, y acaban vendiendo por una miseria. A mí también intentó hacerme eso, varias veces incluso. He de reconocer que en una ocasión estuve a punto de vender. Hace dos años el negocio iba fatal, hubo daños en el tejado y se produjo un incendio en el sótano, Dios sabrá por qué. Supongo que alguno de los actores fumaba allí y no apagó bien el cigarro. Por suerte no fue grave, pero casi todos los disfraces y pelucas se quemaron. Tuvimos que cerrar casi toda la temporada de verano. Estuve al borde de la bancarrota…»

«¿Y él sabe que usted pensó en vender?», preguntó Ethel.

«Sí, llegué a reunirme con él. Incluso firmamos un preacuerdo… que… bueno, en esencia decía que si algún día vendía, tendría que ser a él.»

«¿Y cómo logró evitar la venta al final?», preguntó Ariadne.

«Una pequeña herencia. Chief Inspector, espero que no esté pensando cerrar la casa por mucho tiempo, ¿verdad?»

«No creo que sea necesario. Mañana le informaré de cómo procederemos.»

«Eso me tranquiliza enormemente. Bien, ¿alguien quiere un café?»

„¡A ese hombre le pasa algo raro!“, dijo Ariadne en el coche.

„¡A mí me parece de lo más encantador!“

„Claro, porque no apartaba la vista de tus labios… ni de tu escote. Resultaba casi incómodo.“

„¡Ariadne Arlington! Que esta vez sea un hombre muy atractivo quien se interese por mí no te da derecho a ponerte grosera.“

„Oh, por favor. ¡Desde el primer momento ha intentado engatusarte! Y sí, es encantador y muy guapo, pero yo sigo pensando que ese hombre es un charlatán. Algo no cuadra.“

„Le doy la razón, señora Arlington. Todo ese asunto con Hix me huele mal. Y además, cómo reaccionó... Dijo que la muerte de Marigold era una tragedia, pero eso lo dice cualquiera, es una frase hecha. A mí no me pareció que le afectara lo más mínimo.“

„¡¿Ves?!“

„¡No soy ciega ni sorda, gracias! También creo que ese hombre tiene problemas de dinero y sabe muy bien que tendría que venderle a Hix si vuelve a estar contra las cuerdas como hace dos años. Por eso me ha parecido muy oportuno haber llamado antes a la oficina de Hix para pedir una cita, ¿no le parece?“

„¿Has llamado?“

„¿Ha llamado?“

„¡He llamado! Y aún hay más: nuestro estimado señor Hix no está en Londres ahora, sino en el hotel Windsor, aquí mismo en Canterbury. ¡Ariadne y yo vamos a almorzar con él mañana! Así podremos tantearlo un poco, sin compromiso.“

„¿Y yo qué?“

„¡Qué sé yo! Haga trabajo policial, Chief Inspector, vuelva a interrogar a todos los empleados. Luego nos reunimos para cenar e intercambiar impresiones, ¡esta vez en nuestra casa!“

„¡Pero yo cocino!“, exclamó Ariadne rápidamente.

Ella acomodó un poco el cojín y lanzó una mirada al señor Higgins, que roncaba plácidamente. Estaba claro que gozaba su escaso descanso en Canterbury.

Masticó el lápiz mientras contemplaba el folio en blanco. ¿Acaso a otros autores también les paralizaba saber cómo empezar su novela?

¡Terrible! Con razón algunos lo dejan todo…

Primero anotó: *Víctima: Marigold Jones, seis años trabajando en la casa, también actúa en Brighton, tenía audición en Londres*. Comenzar por lo básico nunca falla.

Luego: *Lugar del crimen: vestuario, Marigold aún con el disfraz. Hora: justo después del turno*.

Arma: revólver/pistola. Disparo a quemarropa. ¿Un motivo personal? ¿Cuál era la diferencia entre revólver y pistola? Tendría que investigarlo, pero no importaba por ahora.

Tenía ya víctima, arma, hora y lugar, aunque hasta ahora el caso parecía poco prometedor.

Presentes en la casa: M. Blomquist, L. McDonald, S. Morgan, R. Hills anotó.

Ariana y Michael en el pub; Sarah y Laura regresaron juntas a casa. Punteó con el lápiz sus labios pensando.

Puerta cerrada por dentro, solo se abre con llave. Llaves: Marigold y R. R. tiene coartada débil. ¿Motivo?

¿Y el motivo? Arbuckle mencionó que trabajaba en un teatro pequeño e iba a audicionar, pero llevaba seis años en la casa encantada. No parecía que alguien tuviera razones de envidia… Especialmente no Richard, ni Michael, ni los demás hombres. Laura tenía coartada —se fue con Sarah a casa— y no tenía llave. Quizá Anne Billford poseía una, ya que se encargaba de la taquilla… ¿Y si la mató para quedarse con el papel de fantasma mal pagado? No sonaba convincente. Luego estaba el tal "amante" que mencionó Laura. Richard lo desestimó como tontería; habría que verificar. Aunque, aunque Richard asegurara que Marigold nunca se involucraría con John… uno nunca sabe. Las mujeres, vividas como era, a menudo sufrían ese síndrome de "es difícil y no ideal, pero lo cambiaré". Y había otro hombre bien parecido por ahí… ¿Y si Marigold tuvo un affaire con Arbuckle? Él, desde luego, tenía llave de su casa…

¿Affaire?!? escribió bajo su lista.

También quedaba el calvo, aquel guardaespaldas de Hix. ¿Qué hacía merodeando por la casa? Si el magnate inmobiliario estaba en la ciudad, quizá todo fue coincidencia: Canterbury no era muy

grande… Pero, ¿por qué encargarse de matar a una actriz del lugar? ¡Un momento!

Dinero —¿problemas financieros de Arbuckle? Hix quiere convertir la casa en hotel, ¿pretende sacarlo del negocio? Asesinar en la casa, que cierre, ruina, venta forzada... Sonaba sorprendentemente bien. Arbuckle soltó algo de un precontrato. ¿Y si ese seguía vigente, y, si el negocio se hundía, estaría obligado a vender? Hix sacrifica a Marigold —víctima al azar— confiando en que cierre policial, visitantes huyan, ingresos nulos… Arbuckle se arruina y, sí o sí, acaba vendiendo a Hix. Hasta ahora, la mejor teoría. El móvil puede ser tan válido como la pasión, los celos o la codicia. El clásico cuarteto mortal, por decirlo así.

Casi olvidó lo del coche: un actor entró en él tras su turno, y ese vehículo terminó aparcado frente a la casa. Liam, Peter o John, tenía que ser uno de esos tres. ¿Con quién se encontró allí? ¿Por qué el coche junto a la casa? ¿Quizá el actor logró una llave, volvió a la casa, esperó hasta que cayera la noche...? No, no era buena idea especular. Podría ser que alguien supiera dónde guardaba Richard su llave y se coló a su vivienda... O, ¿el conductor fue Anne Billford— que sí tenía llave? No. Marigold aún llevaba su traje, así que la muerte debió producirse poco después del fin de turno. ¿Por qué habría pasado tanto rato sola en la casa? No tenía sentido. ¿Fue casualidad que el coche estuviese justo esa noche ahí? Agatha Christie y el Detection Club dirían que las coincidencias son extremadamente toscas. Pero en una novela de crucigrama siempre se permiten casualidades —además, Miss Marple siempre seguía el caso por pura casualidad—, y esto no era una novela. Ella misma tropezó con un cadáver casi por accidente. Le dio gracias al cielo. Odiaba esos libros donde jovencitas se topan con cadáveres y luego actúan de detective amateur. Al menos tanto ella como Ethel ya no eran jovencitas. No hay que sacar conclusiones apresuradas solo porque alguien viera algo extraño. Tal vez el calvo o el coche tengan peso; o no. Era demasiado pronto para decidir. Tenían que conocer mejor a Marigold. ¿Era realmente la chica dulce y amable que creían? ¿Tenía algún secreto, enemigos ajenos a la casa pero relacionados con el teatro de Brighton? ¿Problemas económicos? Los

actores raramente tienen suficiente dinero. ¿Se había endeudado? Sabía por Graham que muchos actores no eran ajenos a ciertos polvos nasales —"Sólo en los Alpes nieva más que detrás de los escenarios", dijo él hace solo dos semanas en una cena—. Le urgía llamarle por un proyecto de radio para la BBC… ¿Consumía cocaína Marigold? Drogen y crimen van de la mano; gente así puede ser muy despiadada. Pero sin una pista concreta, mejor no anotarlo. ¿Graham no había actuado en Brighton alguna vez? Sí, estaba bastante segura. Lo llamaría mañana, quizá conocía a Marigold. De pronto se erguió. ¿Y si era todo muy distinto? ¿Y si Arbuckle—no, eso era demasiado loco, ¿o no? Qué si Arbuckle esperaba que un asesinato disparara las visitas al "spukhaus"?—"una casa encantada maldita vuelve a cobrar una víctima"? Muy conspiranoico, pero tras experiencias con ciertos restaurantes argentinos y supuestos hoteles de lujo en Londres, ya nada se debía descartar. Nadie se lo creería como novela…

Miró el reloj de su mesilla. Dios, ya era tarde. Bien, mejor dormir un rato. Y mañana hablaría con Hammerstone. Además tenía ese almuerzo con Hix; quizá al día siguiente estuvieran mucho más cerca de resolver el caso.

11

«¿Qué hace usted aquí?» Ariadne estaba en la puerta, mirando a Archibald.

«¿Puedo pasar un momento?»

«Claro, pero…»

«¿Quién está en la puerta?»

«¡Lord Arbuckle!»

«Entonces, ¿qué lo trae por aquí?», preguntó Ariadne. Arbuckle estaba sentado frente a ella en un sillón y fumaba nerviosamente un cigarrillo.

«Yo… bueno… ayer por la noche no fui del todo sincero con ustedes.»

«¿Ah, no?» Ethel sorbió su té mientras observaba a Archie por encima del borde de la taza.

«En cuanto al dinero… En realidad, tuve que pedir un préstamo para las obras de renovación necesarias, no fue una herencia.»

«Déjeme adivinar: ¿le pidió el dinero a Hix, al que en realidad conoce desde hace más tiempo, verdad?»

«Señora Arlington, ¿cómo…?»

«¿Un precontrato que le obligaría a venderle la casa? Probablemente no existe tal cosa.»

Suspiró y exhaló una nube de humo hacia el techo.

«No, probablemente no. Hix es un hombre peligroso, pero eso lo sé recién ahora. En ese entonces nos presentaron en un club de caballeros en Londres. Era encantador, simpático, muy agradable para conversar. Hace seis años me vendió un piso en Londres y luego empezamos a relacionarnos más, o al menos eso creía yo. Jugábamos al golf, fuimos juntos a Ascot… Yo lo presenté a mi círculo de conocidos aristócratas en Londres y él, de vez en cuando, me echaba una mano con algún favor económico, por así decirlo. Había planes para que yo entrara como una especie de socio menor en su negocio, eso decía él todo el tiempo, pero siempre aparecían demoras, que su notario no estaba, que tenía que esperar los impuestos. Fui ingenuo, no lo niego. Esta casa fue una herencia… y

una carga. Además está Corbridge Hall; ustedes mismas vieron que también necesita una reforma urgente… Él me mandó gente para arreglar lo peor y dijo que me haría un precio especial. Eso ya fue una mentira: las facturas eran completamente desorbitadas y no podía pagarlas. Y antes de que piensen que despilfarré el dinero: Hacienda valoró el piso en la ciudad y Corbridge Hall muy por encima de lo razonable, y el impuesto de sucesiones casi me arruina. Intenté recurrir, pero me lo rechazaron. Hix me dijo que no me preocupara, que él se encargaría. Me ofreció prestarme la suma necesaria y que luego lo compensaríamos cuando yo entrara como socio. Me enseñó unos contratos y…»

«Y los firmó sin leerlos detenidamente», dijo Ariadne. Él asintió, apenado, y dio una calada fuerte.

«Los intereses son altísimos, ¡diez por ciento! Y si me retraso más de tres meses en un pago, tengo que cederle Ashfield House. Hasta ahora he podido cumplir con los plazos —con dificultad, pero lo he hecho— pero… él me ha amenazado.» Sacó unos sobres del bolsillo interior de su chaqueta y los colocó sobre la mesa.

«Me llegaron estas cartas en las últimas dos semanas», dijo.

Ariadne examinó las notas hechas con recortes de periódico, cuyo mensaje era más que claro.

«¿Estaba usted atrasado en los pagos?», preguntó Ethel, que ahora también miraba las cartas.

«No, al contrario. Esta temporada la casa ha funcionado bastante bien y le transferí incluso más de lo que debía. Pero eso no parece haberle sentado bien. Quiere la casa, la quiere a toda costa. Hix pasó un tiempo en Estados Unidos y allí vio casas encantadas mucho más sofisticadas que la mía, lo reconozco: con mucha tecnología, grandes espectáculos, incluso permiten pasar la noche. Hix ya compró las dos casas contiguas para unirlas con Ashfield House. Desde el principio calculó que yo acabaría sin poder pagar, y por eso ya ha invertido una pequeña fortuna. Pero ahora que la casa se ha ganado buena reputación y tengo un acuerdo con ese operador turístico, él ve cómo se le escapa la oportunidad. Hace tres semanas vino sin avisar, acompañado por su perro guardián, Collin Robinson.»

«¿Un tipo grande, con barba y calvo?»

«¡¿Tipo?! Más bien un ogro. Pero sí.»

«¿Y le amenazaron?», preguntó Ethel.

«No, fue muy amable —al menos por fuera—. Dijo que sería una pena si le pasaba algo a la casa, que debería considerar contratar ciertos seguros, por precaución. Robinson sonreía como idiota todo el tiempo, y juraría que me ha estado siguiendo los últimos días. Y luego llegaron estas cartas.»

«¿Se lo ha contado a alguien más?»

«No. Señora Arlington, y le agradecería mucho que esto se quedara entre nosotros, al menos por ahora. Me da mucha vergüenza y… no tengo pruebas de que las cartas vengan de él ni de que esté relacionado con el asesinato. Tiene contactos en todas partes, yo…»

«¿Cree entonces que Hix mandó a su señor Robinson a matar a Marigold? ¿Por qué?», preguntó Ethel.

«No, no creo que su intención fuera matar a Marigold. Pienso que la pobre chica estuvo simplemente en el lugar equivocado en el momento equivocado. Una vez, con unas copas de más, Hix me contó que Robinson había trabajado como cobrador violento para un dueño de club en Soho, y que lo llamaban "el pirómano" y "puño de hierro". Creo que su objetivo era matar a alguien, cualquiera, con tal de asustar lo suficiente como para que la policía clausurara el sitio, o que los actores renunciaran por miedo. En ambos casos, me quedaría sin ingresos, no podría pagar el préstamo y Ashfield House pasaría a ser suyo.»

«¡Tiene que contárselo al inspector Hammerstone!»

«No… señora Witherspoon, si Hix se entera de que lo sospecho, ya no estaré a salvo. Le juro que me largaría con una maleta al confín del Imperio. Necesito pruebas que lo vinculen de forma clara con el asesinato, de lo contrario encontrará la manera de librarse, y entonces estoy acabado.»

Ariadne suspiró. «Archie, de momento se quedará aquí en la casa. Supongo que nadie lo ha seguido, ¿verdad?»

«No, no lo creo.»

«Bien. Puede dormir en la habitación del anfitrión. Tenemos que salir enseguida: tenemos una cita con el señor Hix.»

Abrió la boca y la volvió a cerrar. «Pero… ustedes… ¿Han…?»

«¿Sospechado que nos mentía? Por favor, Archie, ¡somos escritoras! Un agujero así en la trama no se nos escapa. Y ya que estamos, le haré otra pregunta: ¿Tuvo usted una aventura con Marigold?»

«¿Qué? ¡No! ¿Cómo se le ocurre? ¡Eso sería totalmente poco profesional! Además, ni siquiera era mi tipo.»

«Era muy guapa», comentó Ethel.

«Claro, nadie lo niega. Pero demasiado joven. Yo tengo cuarenta, ella no pasaba de los veintiséis. No, no tuve ninguna relación con Marigold —ni con nadie más de la casa. Pregunten a nuestro amigo John Hitchfield. Ese sí que tiene una "novia" distinta cada semana y se las pasa besando en la puerta. Esa es una de las razones por las que no voy a renovarle el contrato.»

«¿Y cree que Marigold saldría con alguien como John?»

«¿Y eso qué importa? Pensé que estábamos de acuerdo en que Hix está detrás de todo esto.»

«Oh, Archie, aún hay muchas cosas que no tengo claras. Solo sé que ahora se va a "esconder" en esta casa, y Ethel y yo vamos a visitar al señor Hix.»

«¡Tengan cuidado!»

«No se preocupe. ¡Me llevo a mi perro guardián!»

12

«Vaya, pero qué chico tan bueno eres, ¿eh? ¿Quién es un buen teckelito?»

¡Mr. Higgins incluso se puso de pie sobre las patas traseras! Ariadne nunca lo había visto hacer eso. Claro que con su tía no hacía falta ningún truco para recibir siempre las mejores golosinas.

Ariadne y Ethel intercambiaron una mirada mientras Hix, completamente embelesado, le daba al perro otro trozo de su filete. ¿Ese hombrecito flaco con el pelo ralo había ordenado un asesinato a sangre fría? Robinson, que permanecía junto a la mesa observando el restaurante del Windsor Hotel, imponía sin duda… pero más bien parecía un actor haciendo de matón.

«¿Eso lo contó Archibald?», preguntó Hix, que por fin había dejado de mimar a Mr. Higgins.

«Sí. ¿Entonces no es cierto que usted le prestó dinero?»

«Oh, claro que sí, señorita Arlington, le presté unas diez mil libras en total. Pero nunca tuve la intención de hacerlo socio ni mucho menos de amenazarlo. Mire, el contrato es estándar, contiene una cláusula por la cual Ashfield House pasaría a ser mío si él no puede seguir pagando el préstamo. Eso no es ni ilegal ni especialmente malicioso.»

«Pero los intereses sí lo son.»

«Entonces debería haber ido a un banco, pero por diversos motivos eso no era posible. Aparte de Ashfield House y ese adefesio donde vive, no tiene ningún otro bien. No tiene herencia, ni patrimonio. ¿Qué banco le habría dado un crédito? Y entre nosotros: un cuatro por ciento de interés no es precisamente usura.»

«¿Cuatro?»

«Sí, ¿qué les dijo él? Da igual. Es un cabeza hueca. Me di cuenta un poco tarde, eso sí.»

«¿Y cómo se le ocurrió que usted quería hacerlo socio?», preguntó Ethel.

«Esa fue una fantasía suya. Nos conocimos en un club de caballeros y desde el principio se comportó conmigo como si me estuviera haciendo un favor. El lord de familia ancestral que le

enseña al nuevo rico cómo funcionan las cosas. Lo que no supo ver es que mi abuelo era el conde de Gerrisburgh. Mi padre fue el segundo hijo, por eso no llevamos título, pero le aseguro que conozco bien a la nobleza, señora Witherspoon. Y tenía mis propios contactos, incluso sin el "buen" Archibald. Pero él creyó de verdad que mis acuerdos con la aristocracia se los debía a él. Un día apareció con la idea de asociarse conmigo. Como soy paciente y educado, no le dije directamente que era una estupidez, y mucho menos lo amenacé.»

«Su guardaespaldas, el señor Robinson…»

Hix soltó una carcajada y le dio otro trozo de carne al suplicante Mr. Higgins.

«Mi estimado Mr. Robinson tiene pinta de matón, lo sé. Y sí, sabe usar los puños. Pero les aseguro que en realidad es un tipo bastante amable.»

«¿Entonces no lo llaman "el incendiario" ni "puño de hierro"?», preguntó Ethel. Ariadne vio de reojo cómo se le escapaba una sonrisa a Robinson.

«Sí, pero esas cosas son parte del show, querida. Pero vayamos al grano: ustedes creen que mandé a mi simpático Mr. Robinson a asesinar a esa tal Marigold, ¿verdad? Vamos, no nací ayer. En este sector, muchos usan métodos no del todo legales. No conozco ningún caso de asesinato, aunque admito que hay ciertos colegas en Londres a los que sí lo imagino capaces. Pero díganme, ¿por qué matar a una actriz? No digan nada, ya sé: para que los demás se asusten, se cierre la casa, y Archie no pueda pagar el préstamo, ¿cierto?»

«Esa idea se nos pasó por la cabeza, sí.»

«Señora Arlington, esa casa es interesante, lo admito sin problemas. Ya soy dueño de casi toda la manzana y sí, planeo montar un hotel encantado. Pero podría hacerlo también sin esa casa. Podría, por ejemplo, cerrar un trato con Archie, una colaboración. Yo gestiono el hotel, él la casa. Yo le mando los visitantes y cobro una comisión. Y si no quisiera colaborar, podría promocionar el recorrido de la casa como parte de la experiencia del hotel. Claro, sería más rentable tenerlo todo, pero hablamos de unos

diez a veinte mil libras al año. Yo gano más que eso mensualmente con las rentas de mis propiedades en Londres. No merece la pena cometer un asesinato por eso.»

«Alguien vio a un hombre que encaja con la descripción de Mr. Robinson cerca de la casa.»

«¿Cuándo fue eso?»

«Alrededor de las ocho», dijo Ethel.

«Collin, ¿dónde estabas anteayer a las ocho de la noche?»

«Cenando en el pub, señor. Luego me fui a Londres para recoger los documentos que me pidió.»

«Exacto, Mr. Robinson estaba en Londres. Mi secretaria puede confirmarlo. Le daré su número. Como ve, Robinson no pudo haber sido visto cerca de la casa.»

«Señor, ¿puedo decir algo?»

«Adelante.»

«Soy el guardaespaldas de Mr. Hix, sí, pero no soy un asesino a sueldo ni su perro. Incluso si me pidiera algo así, jamás podría matar a una joven – ni a nadie. Créalo o no, soy perfectamente capaz de tomar mis propias decisiones. Y, por cierto, ni siquiera tengo un arma. Detesto las armas de fuego. Cuando hay que arreglar algo, con estas basta», dijo levantando sus imponentes puños. «Y por si se lo preguntan: ¡nunca golpearía a una mujer! Puede que no sea un caballero como Mr. Hix, pero tuve una educación decente y sólida.»

Hix sonrió. «Como ven, señoras, mi estimado Robinson es inofensivo, en el fondo.»

«Disculpe, no era nuestra intención ofenderlo.»

«No se preocupe, señora. Sé muy bien qué impresión doy.»

«¿Tienen alguna otra pregunta? Porque si no, yo tengo una: ¿Puedo sacar a pasear a este encantador perro un ratito más?»

«¿Le crees a él o a Archibald?», preguntó Ethel mientras caminaban hacia la comisaría. El cielo estaba otra vez despejado, pero el aire aún húmedo por la lluvia de la noche. Casi tropical…

«He de admitir que no me pareció nada sospechoso. Y si es cierto que gana tanto dinero cada mes, entonces lo que puede sacar con esa casa no es más que calderilla. Matar a alguien por eso no parece

lógico. Que Hammerstone verifique la coartada de Robinson. A mí me ha dado buena espina. Y tiene razón: cuando ves a un tipo como ese, es fácil sacar conclusiones precipitadas.»

«¿Y ahora?»

«Voy a convencer al buen DCI de que echemos un vistazo en casa de Marigold.»

13

«¿Y a quién le cree usted?», preguntó Hammerstone mientras doblaban en la calle donde se encontraba el apartamento de Marigold.

«Tiendo a creerle más a Hix. Lord Arbuckle parece ser un gran fanfarrón y ya nos ha mentido antes.»

«Pero usted dijo que recibió cartas amenazantes. ¿Quién se las habría enviado?»

«No lo sé, tal vez las escribió él mismo, o alguien se enteró de sus problemas financieros. No hay firma, las frases están recortadas de periódicos y, como él mismo admitió, no hay ninguna prueba de que esas cartas provinieran realmente de Hix. ¿Por qué habría de hacer algo así? Se me ocurren mil formas más elegantes de arruinar una casa embrujada sin necesidad de matar a una joven inocente.»

«Parece bien conectado… Un artículo venenoso en algún periódico, un turista que sufre un pequeño "accidente" en la casa, podría hablar con los operadores turísticos de Londres…», dijo Ethel.

«Cierto. He encargado al sargento Ford que investigue un poco las finanzas de nuestro señor Hix. Si de verdad gana tanto con los alquileres, esa casa difícilmente justificaría un asesinato. Si cree que Arbuckle podría haberse inventado toda esa historia de amenazas, ¿por qué lo haría?»

«Pues bien. Niega con vehemencia haber tenido un romance con Marigold, pero, otra vez, solo tenemos su palabra, y sabemos que no es precisamente fiable. Tal vez quiere desviar la sospecha hacia Hix. Así no solo se libra del asesinato, sino que también resuelve su problema económico. De camino al hotel pasamos por la casa: había al menos tres veces más visitantes que ayer. Una auténtica casa del crimen, un nuevo fantasma… El crimen ya le está rindiendo beneficios.»

«¡Quizá Marigold estaba embarazada! ¡Eso encajaría! Una aventura apasionada, ella piensa que ha encontrado el amor verdadero, para él no es más que un pasatiempo. Y entonces, de repente, está

embarazada. Él no sabe qué hacer, se niega a reconocer al hijo y decide deshacerse de ella», dijo Ethel.

«Parece sacado de una de tus novelas.»

«¿Y por qué no? Tú misma lo dijiste: así solucionaría varios problemas a la vez. Se quita de encima a una amante molesta, le echa la culpa a Hix, conserva la casa y encima puede promocionarla como una casa del crimen. Una situación de ganar, ganar y ganar.»

«Señoras, no deberíamos sacar conclusiones apresuradas. Y Marigold no estaba embarazada, eso lo habrían notado en la autopsia y el doctor no mencionó nada. Lo cual no quiere decir que no haya tenido una aventura con ella… Por cierto, ya llegamos.»

La casa era estrecha y se encontraba en un callejón angosto. Ariadne tuvo la impresión de que uno podría tocar la pared de enfrente desde la acera opuesta. Así debían de ser las ciudades en la Edad Media: estrechas, oscuras y con un aire nada acogedor.

Hammerstone tenía una llave, así que accedieron a una escalera diminuta que crujía y gemía mientras subían al primer piso. ¡Eso no era una casa, era una caja de zapatos! ¿Qué tan grande podía ser un apartamento ahí? Probablemente no mucho más que su propio estudio. Una no podía recordarse lo suficiente lo afortunada que era por poder ganarse la vida con su arte…

«Creo que me está dando claustrofobia», le susurró Ethel.

Hammerstone forcejeó unos segundos con la cerradura antigua y luego la puerta se abrió con un clic.

«Pues adelante, señoras», dijo Hammerstone, haciendo una ligera reverencia.

El apartamento consistía en una sola habitación que, debido a los techos inclinados, parecía aún más pequeña de lo que ya era. Había un armario viejo y tambaleante, una cómoda diminuta junto a una cama igualmente desvencijada, un tocador con iluminación eléctrica, probablemente un mueble desechado de algún teatro, además una silla y una estufa antiquísima donde descansaban una tetera y una olla. La única puerta adicional conducía a un baño tan minúsculo que uno podría haberse duchado sentado en el inodoro.

«Benedict mencionó que los actores no ganan mucho, pero esto… ¡Madre mía!», dijo Ethel. Con tres personas dentro, el espacio estaba tan lleno que apenas se podía uno mover. Ariadne se dirigió al tocador, que aparentemente servía también como escritorio, pues entre borlas de polvo y pintalabios había algunas cartas, facturas y notas. Hammerstone se arrodilló en el suelo para mirar bajo la cama, mientras Ethel inspeccionaba el armario.

Maquillaje barato, constató. Y bastante. ¡Pero si aún era tan joven! Jamás entendería por qué chicas tan jóvenes y bonitas se recubrían el rostro con tantas capas de maquillaje. ¿A los hombres eso de verdad les gustaba? ¿Y no se asustaban horriblemente al despertar al día siguiente junto al rostro natural? Oh, ¿y esto qué era?

«¡Creo que he encontrado algo! Mira, ¡es un contrato con la Royal Shakespeare Company! ¡Marigold lo firmó tres semanas antes de morir! Es un contrato de cinco años. Y aquí dice que ayer debía haber estado en Londres para una prueba de vestuario.»

«¡Déjame verlo!» Ethel le quitó el papel de las manos y lo hojeó antes de pasárselo a Hammerstone.

«Así que planeaba marcharse de aquí. Eso hace un poco menos probable que Arbuckle la haya matado para deshacerse de ella, ¿no?»

«Sí, claro, pero también es posible que no quisiera que se fuera y que, en un acto de desesperación… ¿Qué pasa?»

«Ethel, eso no se sostiene ni como argumento para una de tus novelas, de verdad. ¡Mira nada más, la buena de Marigold también llevaba un diario!», dijo ella, tomando el pequeño libro encuadernado en cuero. Lo hojeó durante un rato y solo levantó la vista cuando Hammerstone carraspeó.

«¿Nos compartirá algo, señora Arlington?»

«Todo está escrito como en clave. Pero no menciona a ningún pretendiente. Supongo que "el viejo cabrón" es Arbuckle, del que no dice precisamente cosas bonitas. Mira, una entrada de la semana pasada: "Necesito permiso especial, el viejo cabrón al principio se negó, quiso invitarme a cenar para concedérmelo, no pensaba contarle lo de la RSC, pero al final se lo solté. Se le quedó una cara de idiota… y luego me lo concedió." Parece que la relación entre

ellos no era tan buena como él dijo… y él tenía interés en ella. Y aquí: "Casanova se ha echado otra nueva. Siempre está morreándose con esas lagartas delante de la casa, no me extraña que Charming lo llame 'el rincón del amor'." Supongo que ese 'Casanova' es John Hitchfield, Arbuckle ya mencionó algo de esa zona de besuqueo. Charming, bueno, no sé quién será. Si John se pasea siempre por ahí con mujeres…»

«Entonces seguramente fue él quien estaba aparcado allí con alguna conquista la noche del crimen. ¡Deben de haber visto algo!»

«Inspector jefe, usted no es precisamente un apasionado, ¿verdad?», preguntó Ethel con una sonrisa, y Hammerstone se sonrojó.

«Esto también es interesante: "Ella también estaba allí, claro que sí. Aunque no tenía ninguna posibilidad, debería haberlo sabido, pero realmente creía que conseguiría el puesto. Hasta vino con su perrito faldero, ridículo. ¡Y luego me monta una escena porque me dieron el contrato a mí, hay que ver! ¡Qué alivio será no tener que tratar más con toda esta panda de aficionados!" Así que alguien más del grupo del teatro también aspiraba al puesto. Además de Marigold, podrían ser Laura, Sarah, Kathy o Lisa. Tendremos que interrogarlas una por una.»

«Podríamos simplemente llamar a Londres…», dijo Ethel.

«Eh… sí, también sería una buena idea.»

«Y por casualidad descubrí que esta noche el grupo se va a reunir en el pub para hacer una pequeña velada en memoria de Marigold. ¡Ahí los tendremos a todos juntos y podremos verlos en acción!», dijo Hammerstone.

«Eso nos viene de perlas, inspector jefe, porque una noche en el pub nos libra a todos de una cena que yo habría tenido que cocinar…»

14

El pub, que estaba a solo unos cientos de metros de la casa encantada, estaba esa noche tan concurrido que tuvieron que esperar casi media hora por una mesa libre. Todo el elenco, incluido Lord Arbuckle, se encontraba allí.

«Parece que no le tiene mucho miedo a Hix, si se ha atrevido a venir aquí», dijo Ariadne, señalando con la cabeza en su dirección.

«Su señoría viene muy a menudo por aquí», dijo el dueño del local, entregándole una copa de vino tinto. «La mesa de allí adelante estará libre en un momento.»

«¿Y los demás? ¿También vienen con frecuencia?»

«Bueno, más o menos. Ese Michael viene a menudo junto con Richard. Se podría decir que son clientes habituales, les gusta tomarse una o dos cervezas después del turno, y de vez en cuando también piden algo de comer. Pero los demás vienen más bien de vez en cuando. Me pregunto dónde ha dejado Lord Arbuckle a su amiga.»

«¡George!» La camarera lo miró con severidad, pero él solo sonrió ampliamente.

«¡Es que es verdad! Al menos dos veces ha venido con una rubia, muy maquillada, vestida con algo muy ajustado. No es mi tipo», añadió rápidamente, al ver que la camarera —que claramente era su esposa— le lanzaba una mirada aún más fulminante.

«La vida privada de nuestros clientes no nos incumbe lo más mínimo.»

«¿Y si le preguntara como oficial de policía? ¿Podría describir un poco mejor a la señorita?»

La camarera frunció el ceño. «Bueno, rubia, como ya dijo mi marido. Joven, probablemente, pero con tanto maquillaje era difícil saberlo. Ya sabe cómo es eso a veces, que con un vistazo rápido no sabes si la mujer tiene veinte o cincuenta.»

«¡Hombre, cincuenta seguro que no tenía!», dijo el dueño del local, aunque enseguida volvió a concentrarse en la cerveza.

«Arbuckle habrá venido con ella un par de veces, no sé si es su novia o solo una conocida ocasional. Conversaban, pero no puedo

decir mucho más. Venga, les acompaño a su mesa. Hoy tenemos pescado fresco, por cierto, muy recomendable.»

El pescado estaba realmente delicioso, pero Ariadne no dejaba de observar al grupo de actores. Estaban todos sentados en una mesa, bebiendo y riendo de vez en cuando. En algún momento, John se levantó y salió del pub.

«No parecen muy afectados, ¿verdad?», preguntó Ethel.

«No, no demasiado. Pero eso no es un delito. Eran compañeros de trabajo, no necesariamente amigos íntimos», dijo Hammerstone.

«Bueno, nuestra Laura lleva todo el rato coqueteando con Peter, y se supone que era tan buena amiga de Marigold», comentó Ariadne, dando un sorbo a su vino blanco. Peter era un hombre llamativamente alto y delgado, con una melena rubio-rojiza recogida en una coleta. Parecía el estereotipo de un irlandés, pecas incluidas.

«Quizá solo esté buscando consuelo en sus brazos», dijo Ethel.

Ariadne observó al pequeño grupo. Sarah era una mujer morena, con curvas, una risa estruendosa y ojos brillantes; Kathy era alta, esbelta y muy atractiva, con una melena roja y rizada; Lisa, en cambio, era más discreta, con una nariz prominente que le daba un aire interesante y que llevaba toda la noche bebiendo lentamente una cerveza. Y luego estaba Laura, tan guapa como Marigold, pero con un aire más seductor, más atrevido. ¿Cuál de ellas se había postulado también para el puesto en la compañía? Bueno, eso se sabría mañana, si la secretaria realmente devolvía la llamada.

John volvió, tenía el rostro enrojecido y el ceño fruncido. Se encendió un cigarrillo y se quedó mirando al vacío. Algo lo había alterado. Arbuckle alzaba de vez en cuando su copa y proponía un brindis, aunque también lanzaba miradas furtivas a Laura, que, sin embargo, solo tenía ojos para Peter. Al observar al elenco, uno tenía la impresión de que celebraban un cumpleaños más que recordar a una compañera asesinada. Solo Michael y Richard estaban callados, hablaban entre ellos en voz baja y les dirigían sonrisas de vez en cuando.

«¿No te parece que el pelo de Peter brilla de forma extraña?», preguntó Ethel.

«Bueno, hombres con melena no se ven mucho desde el rococó – y esa cinta en el pelo… No es lo mío, ¿tú qué opinas?»

«Sí, también eso. Pero no sé, será cosa de la luz, pero brilla bastante.»

«¡Pregúntale qué acondicionador usa!», bromeó ella, y Ethel sonrió.

«Estás loca. Como te digo, debe de ser solo la luz. ¿Crees que la rubia con la que Arbuckle vino aquí era Marigold? No hay más rubias en el grupo y ya vimos que usaba mucho maquillaje.»

«Es bastante posible. En ese caso, Arbuckle nos habría mentido otra vez. Cada vez me cae peor ese tipo.»

«Señoras, sé que estoy en minoría aquí, pero… ¿se les ha ocurrido que quizá haya sido la víctima quien buscó la situación? Quiero decir, puede que Arbuckle haya dicho la verdad y que él no estuviera interesado en ella, pero que ella sí lo estuviera en él y…»

«Disculpen que me entrometa, pero oí que hablaban de la acompañante rubia de Lord Arbuckle. Humphrey Jameson, un placer», dijo el hombre de la mesa de al lado.

«Encantadas, señor Jameson. ¿Tiene algo que contarnos sobre esta misteriosa dama? Estamos ansiosas por escucharlo», dijo Ariadne, indicando con un gesto el cuarto asiento libre. Jameson, un hombre atractivo de unos treinta años, se colocó el puro entre los dientes, tomó su cerveza y se unió a la mesa.

«¿Conoce a la dama?»

«No, pero supongo que era una de las actrices que Arbuckle tiene trabajando en su casa del terror. Hoy no parece estar por aquí. Solo puedo contar esto: hace unas dos semanas, estaba con unos amigos jugando al dardos. Arbuckle vino solo y se sentó en la barra. Parecía de mal humor, porque se bebió varias cervezas seguidas y murmuraba para sí. Le ofrecí un puro, pero me ignoró. Hacia las diez apareció esa rubia y se sentó junto a él. Eso pareció animarlo, porque empezaron a charlar animadamente e incluso a reír. Pero él siguió bebiendo y, antes del último trago, ya estaba bastante borracho. No los espié, pero cuando pedí mi última cerveza, estaba junto a Arbuckle y oí parte de su conversación. Estaba bastante sentimental. Ya sabe cómo es: uno se pone ruidoso, otro se vuelve

gracioso, y otro empieza a llorar como un niño. Hablaban de dinero, o más bien de su ausencia, y de problemas con un tal Blix o Flix.»

«Hix», dijo Ariadne.

«¿Hix? Pues debe de ser ese. Como dije, no los escuché a propósito, solo capté unas frases. ¿Tiene esto algo que ver con el asesinato en la casa del terror?»

«Es posible.» Una carcajada llamó la atención de Ariadne.

Peter se encontraba frente al grupo y de repente parecía un anciano, cojeando y hablando con un marcado acento galés, agitaba los brazos y gritaba: «¡Otra vez desde el principio, eso fue horrriiible!» Los demás actores casi se caían de la risa. Luego giró sobre sí mismo, lanzó su coleta por encima del hombro y parpadeó coquetamente.

«Señor Roland, yo, jijiji, no pude aprender el texto, ¡tenía taaanto fríoo!», dijo con voz aguda y femenina. Johan escupió su cerveza de la risa y el grupo estalló en vítores. Ariadne observaba fascinada cómo Peter se transformaba en un obrero, un párroco y una anciana.

«¡Es muy bueno!», dijo Ethel.

«Sí, da hasta miedo.»

«¿Y esto nos ayuda en la investigación?», preguntó Hammerstone.

«No quiero interrumpirles más, de todos modos iba a jugar unos dardos. Señoras, inspector.»

«Muchas gracias, señor Jameson.»

«¡No hay de qué!» Y se alejó hacia la diana con el puro entre los dientes.

«Ahora sabemos que Arbuckle le contó sus problemas financieros y su conflicto con Hix a alguien, a una mujer. Según la descripción, podría haber sido Marigold, pero… no estoy segura. Solo sabemos que hay otra persona que conocía el conflicto con Hix y a la que Arbuckle quizá contó la misma historia de amenazas y chantajes», dijo Ariadne.

«¿Y?», preguntó Hammerstone.

Ariadne suspiró. «Debe intentar ser más creativo, inspector. Siempre imagino estos casos como si fueran una novela. ¿Y qué hace un asesino astuto en una buena novela?»

«Supongo que intenta encubrir su crimen y borrar sus huellas.»

«Exacto. Y eso se consigue más fácilmente con un falso sospechoso, un rastro de migas que no lleva a ninguna parte. Como diría Agatha: They do it with mirrors. Y tiene razón.»

«¿Entonces crees que esa joven no era Marigold, sino…»

«La asesina, exactamente. O al menos alguien implicado. Se entera de las amenazas de Hix y las utiliza a su favor. Quizá ella misma envió las cartas a Arbuckle para que el montaje fuera más creíble. Luego consigue un tipo alto y calvo para que merodee por la casa, un hombre que pueda pasar por el señor Robinson. Arbuckle menciona las amenazas a la policía tras el crimen, lo que convierte a Hix en sospechoso principal.»

«Y ha funcionado», dijo Ethel.

«Exacto, seguimos esa pista, varios testigos vieron al supuesto señor Robinson. Pero esta mujer no sabía que Robinson tenía una coartada en Londres y que Arbuckle, además, mintió sobre las amenazas.»

«Y ahora me va a decir que ya tiene una sospechosa, ¿verdad?»

«Bueno, en teoría sí, en la práctica no tanto. Marigold no era tan encantadora como parecía. El tono con el que hablaba de los demás en su diario lo deja claro. Y había al menos una rival que también se postuló para el puesto en la compañía. Esa mujer, en teoría, podría ser una sospechosa. Tal vez Marigold la humilló, ella lo sintió como una injusticia enorme, y pensó que tendría una oportunidad si eliminaba a su competencia. Pero hay dos problemas: ninguna de las actrices coincide con la descripción de la mujer rubia. Y un tipo calvo y corpulento no pasa desapercibido por aquí. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué relación tenía con la rubia? ¿Por qué la ayudó a cometer un asesinato? Son preguntas que debemos responder. Mañana sabremos más, si la señora de la compañía cumple su promesa y me devuelve la llamada…»

«¡Vamos, date un poquito de prisa!» Ariadne tiró suavemente de la correa y Mr. Higgins reanudó la marcha a paso de tortuga. No lograba quitarse de la cabeza a la rubia. ¿Era realmente la culpable? ¿O había sido solo una coincidencia? ¿Y John? ¿Había visto algo? En

el pub había parecido alterado. ¿El asesino lo había visto y lo había amenazado? ¿O simplemente había tenido un mal día – o problemas con su nueva conquista? ¿Le habría ella dado calabazas, y él war es einfach nicht gewohnt? El argumento no acababa de cuajar. Si dependiera de ella, habría hecho que la segunda candidata para el puesto en la compañía fuera la culpable… Pero ninguna de las mujeres coincidía con la descripción. Maldición. Aunque… eran actrices, ¿o no? ¿Sería eso una pista? Probablemente… Peter había demostrado en el pub lo camaleónico que podía ser un buen actor incluso sin vestuario. Con el atuendo adecuado y un peinado distinto…

Ariadne se colocó a Mr. Higgins bajo el brazo y echó a andar con decisión. El perro salchicha parecía sonreír. Al menos alguien tenía buen humor…

15

El aullido de una sirena la hizo incorporarse en la cama. ¿Era real o parte del sueño tan perturbador que acababa de tener, en el que mujeres rubias se arrancaban las pelucas y resultaban ser hombres calvos y musculosos? Se frotó los ojos. No, las sirenas eran reales. ¿Qué demonios pasaba ahora? Y pelucas... pelucas rubias... la idea no se le iba de la cabeza, tenía que comentárselo a Ethel en cuanto...

«¿Estás despierta?»

«Sí, pasa, si puedes soportar la vista», respondió, y Ethel entró en la habitación con una bata de seda dorada.

«¿Qué está ocurriendo ahí fuera? ¡Casi parece que toda la policía de Kent ha invadido la calle!»

«Ni idea, al principio pensé que lo había soñado, pero al parecer...»

Sonó el timbre y ambas se miraron. Eran apenas las siete y media de la mañana, ¿quién venía de visita a una hora tan descortés?

«Tienes que ir tú, ¡yo no puedo dejar que me vean así!», dijo ella. Ethel suspiró, asintió y salió del dormitorio. Ariadne logró levantarse de la cama, se puso su mucho menos elegante bata y se arrastró hacia la ventana. Peluca... peluca... le daba vueltas en la cabeza.

Delante de la casa reinaba cierta calma, aunque las sirenas aún se escuchaban a lo lejos. ¿Sería realmente la policía o quizás un incendio? En una ciudad como Canterbury, un fuego podía ser catastrófico con tanto edificio antiguo...

Escuchó a Ethel hablando en la puerta y afinó el oído. Reconoció una voz masculina, aunque no pudo identificar a quién pertenecía. Bueno, mejor sería vestirse rápido y... justo entonces golpearon su puerta.

«¡Soy yo!», gritó Ethel y volvió a entrar.

«¿Y bien?»

«Hammerstone está abajo. Parece que ha habido otro asesinato.»

«¿Qué? ¿Quién?»

«John Hitchfield y Anne Billford. Anda, vístete, Arbuckle está haciendo café. Yo también me pongo algo decente enseguida.»

Y se esfumó. ¿John y Anne? Se sentó un momento en el pequeño taburete frente a su improvisado tocador. ¿Alguien iba detrás de los actores de la casa? No, no se trataba de eso. El coche. John estaba con Anne en el coche. Al parecer, no solo le interesaba su acompañante femenina, sino que había visto al verdadero asesino. Ayer por la noche en el pub parecía alterado. ¿Y si no solo lo había observado, sino que además lo había confrontado con lo que sabía, quizá incluso lo había chantajeado? No sería el primero al que eso le costaba la vida. Y luego estaba el sueño. La peluca... un grupo de actores... alguien que imitaba al tal Mr. Robinson pero no lograba engañar a un compañero... La respuesta estaba ahí, flotando en el aire... Pero por ahora tenía que vestirse rápido: ¡Hammerstone la esperaba!

«En el coche de la señorita Billford. El vehículo estaba aparcado en un lugar bastante apartado, algo fuera de la ciudad. Un paseante lo descubrió esta mañana, sobre las seis. Como no se permite estacionar allí, llamó a la ventanilla y se dio cuenta de que los dos ocupantes habían sido asesinados a tiros.»

«¿Se ha encontrado algo más?»

«Huellas de botas similares a las de la casa, y parece que se utilizó la misma arma, aunque eso deberá confirmarlo la prueba balística. Ah, y en el barro hemos hallado lo que podría ser una esquina arrancada de un billete de diez libras, pero no sabemos si está relacionado con el crimen.»

Arbuckle entró con el café y se sentó. Había llegado a casa tarde la noche anterior; Ariadne se había despertado brevemente. Después, roncó tan fuerte que se le oía hasta en su habitación. Quedaba descartado como sospechoso.

«Ahora estoy incluso bastante segura de que tiene que ver con el asesinato, inspector jefe.»

Este tomó una taza de café y dio un gran sorbo.

«Eso era justo lo que necesitaba. ¿Ah, sí? ¿Está usted segura? Ilumínenos, por favor.»

«Es lógico, inspector jefe», dijo Ethel con una dulce sonrisa.

«Parece que los hombres simplemente pensamos más despacio», comentó Arbuckle, ocultando un bostezo.

«Lo ha dicho usted, no yo. Es bastante sencillo: Sabemos que John mantenía una relación con Anne Billford. Solían encontrarse después del turno en la 'zona de besos', probablemente porque Anne prefería no llevarlo a su casa. También sabemos que la noche del asesinato de Marigold, un coche se había aparcado delante de la casa. Precisamente el de Anne, en el que estaba con John, digamos… disfrutando. Pero parece que interrumpieron sus actividades y vieron al autor o autora del crimen. Y era alguien que conocían. John intentó chantajear al asesino, quien, según demuestra el trozo del billete, fingió acceder al pago. Se citaron en ese lugar apartado para entregar el dinero. El asesino aprovechó la ocasión para eliminar a los únicos testigos. Probablemente crea ahora que nadie más podrá delatarle.»

«¿Tiene a alguien en mente?», preguntó Arbuckle.

«Sí, aunque hay un par de pequeños obstáculos.»

«Por ejemplo, el hecho de que el asesino no tenía llave de la casa», dijo Hammerstone.

«No, eso es fácil. He estado pensando en ello. Todos en la casa sabían que Marigold iba a cerrar aquella noche. Pero no llevaría la llave encima todo el rato. Los armarios del vestuario provisional no tienen cerraduras, así que el asesino pudo tomar la llave con facilidad y acceder a la casa. Después del crimen, simplemente se la devolvió a Marigold. Salir no requería llave. O mejor dicho, la asesina. Yo estoy convencida de que fue una mujer. Archie, ¿sabías que Marigold consiguió un puesto en la Royal Shakespeare Company?»

«Mencionó que tenía un contrato en Londres a partir del otoño, pero no dio detalles. Intenté convencerla de que se quedara con nosotros, pero se negó.»

«¿Y alguna otra actriz de tu grupo se ha postulado recientemente a un nuevo trabajo?»

«Todas lo hacen constantemente. No tengo ni idea de quién se presenta a qué ni cuándo.»

«Entonces habrá que esperar la llamada. Solo sabemos que otra actriz también estuvo en Londres y no consiguió el puesto. Y que Marigold escribió sobre ella de forma bastante despectiva en su diario. ¿De verdad no notaste ningún conflicto en la casa?»

«Estoy poco en la casa. No, más allá de lo habitual, no he notado nada.»

«¿Y con quién flirteabas tú? Me refiero a la rubia del pub», dijo Ethel, bebiendo un sorbo minúsculo de café. Archibald la miró fijamente y se sonrojó.

«No sé de qué me habláis…»

«Oh, por favor, Archie. ¡Basta de jueguecitos! Ya tuvimos suficiente estos días. Sabemos que le pediste dinero a Hix y que no te amenazó. También sabemos que estuviste con una rubia muy maquillada en el pub y que le abriste tu corazón. ¿Le hablaste también de esas supuestas amenazas de Hix? Sé honesto.»

«¡Me amenazó! Vosotras mismas visteis las cartas. ¿Acaso creéis que me las escribí yo?»

«¿Las recibiste antes o después de contárselo a la rubia?»

Él las miró, primero a Ethel, luego a Ariadne. «Después», murmuró.

«¿Y quién era esa misteriosa rubia?»

«Laura», respondió aún más bajo.

«¿Laura? Pero si no es rubia…»

«Llevaba una peluca. Para parecerse a Marigold, ¿no es así? Sabía que tenías un lío con Marigold, ¿verdad? Que te gustaban las rubias. Intentó seducirte, ¿no es cierto?», dijo Ariadne.

«Un momento, un momento, todo esto va demasiado rápido. ¿Laura McDonald disfrazada de Marigold? ¿Para qué?», intervino Hammerstone.

«No se disfrazó de Marigold, solo se arregló como ella. Quería seducir a nuestro pequeño Archie, y por lo visto lo logró. Ayer supimos que él le habló de sus problemas económicos, de las supuestas amenazas de Hix. Pero al final no pasó nada entre ellos, ¿verdad?»

«No tuve un romance con Laura, no.»

«¿Pero sí con Marigold?»

«Eso no está prohibido, ¿verdad? No era nada serio…»

«¿Pero ella lo sabía? ¿O ya se veía como la futura Lady Arbuckle? ¿Recibía ventajas? ¿Más días libres? ¿Tiempo para audiciones? Vamos, Archie, tú sabías perfectamente dónde se había postulado en Londres, ¿no es cierto? Apostaría los derechos de autor de mi última novela a que tienes contactos en la compañía. ¿A quién llamaste?»

«¡A Harold Scott, maldita sea! Le dije que Marigold era muy talentosa. Nada más. Esa gente no se deja sobornar…»

«¿Pero lo intentaste?»

«No voy a responder a eso. Y en cuanto a Laura, le dije que ese disfraz era ridículo. Que no pasaría nada entre nosotros. Marigold ya me tenía harto, por eso quería ayudarla a irse a Londres. Así todo se acabaría.»

«¿Lo entiende ahora, inspector jefe? Apostaría a que Laura fue la segunda en el proceso. Marigold la ridiculizó o la humilló, Arbuckle la rechazó, y encima descubre que él está prácticamente en bancarrota y que la casa podría cerrar. Todos sus sueños se hacen trizas: sin puesto en Londres, sin amante, sin futuro. Pero si elimina a Marigold, pasaría automáticamente a ocupar su lugar. Podría quedarse con Lord Arbuckle, que vuelve a estar libre…»

«¡Oye! ¡No soy un trofeo!»

«Ya ves cómo se siente, Archie», dijo Ethel.

«Le manda las cartas a Lord Arbuckle: un montaje. Hix debe parecer el culpable ideal. Toma la llave y se cuela en la casa. Y además se asegura de que vean a 'Mr. Robinson' frente al edificio.»

«¿Y contrata a un matón calvo desde Londres?», preguntó Hammerstone.

«No hacía falta. Solo necesitaba a un joven dócil y enamorado desde hace años, capaz de hacer cualquier cosa por ella. Incluso afeitarse la cabeza, inspector jefe.»

«¡Peter!», exclamó Ethel.

«Exacto. Ayer lo vimos con nuestros propios ojos: lo camaleónico que puede llegar a ser ese joven. Con el disfraz adecuado, sin peluca, una barba postiza… puede engañar a cualquiera. Excepto a John. Él lo reconoció. Y supo atar cabos. Sabía que Peter no tenía motivos para asesinar a Marigold, pero sí que haría cualquier cosa

por Laura. John y Anne eran el punto débil del plan. No contaban con ellos, porque John tenía el turno de mañana. Él los chantajea y su recompensa es una bala.»

«Suena escalofriantemente lógico», dijo Hammerstone.

«Un buen argumento es siempre un buen argumento. ¿Laura está en la casa?», preguntó a Archibald.

«Sí, debería estar.»

«Bien. Inspector jefe, vaya a su casa y busque la peluca rubia – y con un poco de suerte también el arma. Quizá esté con Peter, si sabía lo que Marigold planeaba. No estoy del todo segura de eso. Y tú, Archie, vas a invitar a toda la troupe esta noche a cenar en tu casa. Si el DCI encuentra el arma y la llamada desde Londres confirma lo que sospechamos, podremos desenmascararla esta misma noche.»

«Podría simplemente detenerla ahora», dijo Hammerstone.

«Inspector jefe, ¿acaso ha leído usted alguna vez una novela de misterio en la que la excéntrica detective se quede sin su escena final de revelación?», preguntó Ethel.

«¿Excéntrica? ¡Te vas a enterar!»

16

El ambiente era sombrío, no era para menos... tres empleados del Geisterhaus asesinados en apenas dos días. Michael y Richard no habían dicho ni una palabra hasta el momento, Liam bebía con la determinación de convertir la pena en embriaguez, Sarah y Lisa tenían los ojos enrojecidos y parecían a punto de volver a llorar. También Laura y Peter estaban abatidos, miraban sus platos o al suelo y guardaban silencio.

«Creo que deberíamos alzar nuestras copas por los que ya no están entre nosotros», dijo Archie al cabo de un rato y se puso de pie. Los demás también se levantaron.

«¡Marigold era un verdadero tesoro y estuvo con nosotros desde el principio! ¡Cuesta imaginar el Geisterhaus de Canterbury sin ella! Todos reímos con ella, trabajamos codo a codo y, cuando hacía falta, podíamos desahogarnos con ella. Su carácter abierto y amable quedará por siempre en nuestra memoria.»

«¡Por Marigold!», dijo Michael.

Ariadne no le quitaba ojo a Laura y Peter, que en ese momento se echaba un mechón de su largo cabello tras la oreja.

«Es especialmente trágico, si se piensa que por fin estaba a punto de ver cumplido su gran sueño, ¿no creen?», dijo Ariadne al ver las miradas interrogantes.

«¿No lo sabían? Ay, qué torpeza la mía, asumí que les habría compartido una noticia así... ¡Marigold había firmado un contrato de cinco años con la Royal Shakespeare Company y empezaría este otoño! Eso lo hace aún más triste.»

«Sí, terrible, siempre fue su sueño», dijo Laura, secándose una lágrima. Cielo santo, investigar entre actores no era precisamente un paseo.

«¿Y usted? ¿A qué se dedica exactamente?», preguntó de pronto Liam con voz ya un poco pastosa. Miró a Hammerstone, y en sus ojos brilló algo.

«Investigamos, como es nuestro trabajo, señor Ulbridge.»

«¡Pues lo están haciendo fatal! ¡Si no, no habrían matado también a John y a la pobre Anne, ¿no?! ¡No hacen una mierda! Seguro que

ni siquiera les importa que hayan matado a unos actores. "Que recojan los trapos, que llegaron los cómicos", ¿así es como lo ven, verdad?»

«Liam, basta, por favor. El inspector jefe hará todo lo que esté en su mano», dijo Peter, poniéndole una mano en el hombro. Pero Liam se la sacudió, tambaleándose un poco, y miró a todos con rabia.

«Podría quedarme aquí sentado comiendo, bebiendo y oyendo sus ridículos discursos, pero ya me harté. Me voy, no soporto tanta hipocresía. Archibald habla del buen corazón de Marigold, ¡pero todos sabemos que se la llevaba a la cama! ¿Y ustedes? ¿De verdad eran sus amigos? ¡No! ¡Les daba igual! Ella dijo que iría a Londres a una audición, pero ustedes ni preguntaron. ¡Yo sí! ¡Yo sabía que la habían aceptado en la compañía! ¡Sí, ahora se quedan todos con cara de idiotas! ¡Y tú también estuviste allí!», dijo señalando a Laura.

«¿Y qué? Era una convocatoria para una actriz joven, claro que fui.»

«Un momento. ¡A nosotros nos dijiste que la audición se había cancelado!», dijo Sarah.

«Qué va, debiste de entender mal, yo...»

«Estábamos presentes, Laura. Dejaste ese folleto en el vestuario y luego dijiste que la prueba se había pospuesto», dijo Michael.

«Dios, sí. Tal vez quería evitarles la humillación de ir hasta Londres, hacer la prueba y volver con un no.»

«¡Pedazo de estúpida! ¿Quién te crees que eres? Y al final ni siquiera te eligieron, ¿eh?» Lisa la fulminó con la mirada, y Ariadne vio cómo Peter apretaba los puños.

«¡Retira eso!», dijo él en voz baja, con un tono inquietante. Lisa solo se rió.

«¿Y si no? ¿Me vas a pegar? ¡Tendrías que educar mejor a tu perrito faldero, Laura! ¡Vamos, Petercito, siéntate!»

«Señoras, señores, por favor, ¿podemos calmarnos y…?»

«¡Cállate de una vez, Archie!», dijo Richard, y efectivamente, Archibald se calló y volvió a sentarse.

«Laura siempre se ha creído la actriz más talentosa de todas, eso no es ningún secreto. Y tampoco lo es que, pese a su supuesto gran

talento, no consiguió ni el trabajo en Brighton ni el puesto en la compañía. ¡Marigold era mejor! Y que quede claro: no era simpática, era una arrogante de cuidado y no se cansaba de restregártelo todos los días: que era mejor que tú, más guapa que tú, que se acostaba con nuestro pequeño lord. ¡A lo mejor fuiste tú quien la mató!» Richard resopló y también volvió a sentarse.

«¡Absurdo!»

«¿De verdad, señorita McDonald?», preguntó Ariadne.

«¡Claro que sí! ¡Yo no maté a Marigold! ¡Me fui a casa con Sarah!»

«Su piso está a menos de diez minutos a pie. No habría tenido problema en volver a la casa», dijo Ethel mientras tomaba un sorbo de vino.

«Puede ser, pero no lo hice. ¿Y qué hay del matón de Hix? ¡Hubo testigos que lo vieron! ¡Archie, diles de una vez que Hix te amenazó!»

Archibald observaba su plato con muchísimo interés.

«Bueno, nuestro querido Lord Arbuckle sí tiene problemas con el señor Hix, pero hablar de amenazas es exagerar. Él se lo contó en el pub, lo sé. Está enamorada de él, ¿verdad?»

«¡Qué tontería!»

«Creyó que él había conseguido que Marigold se quedara con el papel en Brighton y el contrato en Londres. Así que decidió arreglarse como Marigold y tratar de seducirlo. Pero no funcionó. Claro, no podía saber que él ya estaba harto de Marigold y contento de que se marchara a Londres, ¿no? Pero él también se desahogó con usted y le contó la misma mentira: que Hix era un tiburón inmobiliario que lo había amenazado. Y ahí perdió usted los estribos. Marigold le quitó un papel por segunda vez, se acostaba con el hombre del que está enamorada desde que trabaja aquí, y ahora además el Geisterhaus peligraba. Todo se venía abajo. Por eso debía morir Marigold. Usted fue la segunda opción en aquella audición de Londres, eso ya nos lo confirmaron. Si Marigold moría, usted se quedaba con el contrato. ¿Y Hix? Él servía como chivo expiatorio, así también salvaba al hombre que amaba. ¿Pensaba contárselo algún día, con la esperanza de que le agradeciera lanzándose en sus brazos?»

«¡Son acusaciones escandalosas, señora Arlington! ¡Yo no maté a Marigold! ¡Ni siquiera tenía llave para entrar en la casa! ¡Y alguien vio a Mr. Robinson! ¿Cómo explica eso?»

«¡Todo es bastante simple!», dijo Ethel. «Solo hay que pensar un poco, y la solución es completamente lógica.»

«¿Ah, sí?»

«Claro», dijo Ariadne. «Usted sabía que Marigold tenía el turno de cierre esa noche. Así que, durante una pausa, fue al vestuario y tomó las llaves. Pero hagámoslo paso a paso.»

«Dios, ¡esto parece una novela!», dijo Richard, encendiendo un cigarrillo.

«No, más bien no, créame. Pero en fin. Usted se reunió varias veces con Lord Arbuckle en el pub, él le habló de Hix. Eso le vino de perlas cuando decidió asesinar a Marigold. Primer paso: enviarle unas cartas amenazantes a Archibald. Segundo paso: necesitaba un Mr. Robinson.»

«¿Y lo saqué de un catálogo de maleantes, o qué?»

Ariadne sonrió y rodeó la mesa hasta Peter. Antes de que pudiera reaccionar, le tiró con fuerza del moño.

«¡Ay, yo…!» Pero no llegó a terminar la frase: la peluca se le había deslizado, dejando al descubierto una cabeza rapada.

«¡Eso no significa nada, yo…!»

«¡Oh, venga ya! Peter, todos vimos anoche en el pub lo bueno que eres imitando a la gente. Con la cabeza rapada, una barba postiza y la ropa adecuada, cualquiera pensaría que vio a Mr. Robinson. Harías cualquier cosa por Laura, ¿verdad? Por una mujer que en realidad ama a Lord Arbuckle y que es capaz de cualquier cosa por su carrera.»

«¡Yo no sabía lo que planeaba! Me dijo que solo quería asustar a Marigold y…»

«¡Cállate!», lo cortó ella, y él bajó la cabeza.

«Mientras Peter se paseaba disfrazado de Mr. Robinson, usted volvió a entrar y mató a Marigold. Para ello usó las botas del señor Ulbridge. Todo estaba planeado al detalle, ¿cierto? Incluso roció aftershave para que pareciera cosa de un hombre. No está mal, se lo reconozco. Supongo que usó la puerta trasera y dio un rodeo por el

callejón hasta su casa. Lo que no imaginaba era que John estaba en su coche besuqueándose con Anne. O bien reconoció a Peter con el disfraz, o la vio a usted. Y en lugar de ir a la policía, la chantajeó. El plan perfecto se desmoronó. Anoche se citaron y él fue al aparcamiento del bosque para la entrega del dinero. Pero en vez de dinero, John y Anne recibieron una bala en la cabeza.»

Peter miró a Laura. «¡No hiciste eso!»

«¡Imbécil! ¿Qué querías que hiciera? ¡Te había reconocido! Sabía que tú no eras capaz de inventarte algo así. ¡Me chantajeaba ese cabrón! ¡Y todos saben que de algo así no se sale! ¡Pudo haber arruinado mi carrera! Había que quitarlo del medio. ¿Y Anne? ¿Qué hacía revoloteando junto a ese Don Juan de pacotilla? ¡Ella se lo buscó!»

Los demás la miraban boquiabiertos y Hammerstone se acercó a ella.

«Señorita McDonald, queda detenida por el asesinato de Marigold Jones, John Hitchfield y Anne Billford…»

«¿También acusarán a Peter de los asesinatos?», preguntó Michael.

«Bueno, no lo creo. Realmente parecía convencido de que ella solo quería asustar a Marigold —y cuando encontraron su cadáver, supo lo que había pasado en realidad. Tendría que haber ido directamente a la policía, así que seguramente se le acusará de "obstrucción a la justicia". Pero acaba de mostrarse muy cooperativo y locuaz», dijo Ariadne, mientras Peter, con la cabeza calva y agachada, era escoltado fuera de la casa por dos sargentos.

«¡Es increíble! Como actor hay que aprender a aceptar el rechazo. ¡Eso no significa que uno deba ir por ahí asesinando a sus competidores!», dijo Richard mientras daba una calada a su cigarro.

«Fue más que eso. Fue una humillación de años. Marigold escribió sobre ella en su diario de manera muy despectiva», dijo Ethel.

«¿Eso se supone que es una excusa?»

«No, Richard, una explicación», dijo Ariadne. «Laura estaba desesperada, vio cómo se desmoronaban sus sueños y tuvo que vivir

cada día sabiendo que Marigold conseguía todo lo que ella siempre había querido.»

«¡Espero que la cuelguen!», dijo Richard y volvió al comedor.

«Debo admitir que comparto ese pensamiento. Discúlpenos, creo que será mejor que nos vayamos ya a casa», dijo Michael, sonrió disculpándose y siguió a Richard.

«Me parece un excelente plan, pero antes quiero comer algo. Con toda esta revelación dramática, ¡ni tiempo hemos tenido de probar bocado!», dijo Ethel.

«¡Yo me apunto! ¡Y esta vez invito yo!», dijo Hammerstone.

«¿No debería usted estar interrogando a la sospechosa?»

«Señora Arlington, la joven ya está en una celda y tendrá tiempo de reflexionar. Y no puedo hacer un interrogatorio en condiciones si estoy muerto de hambre. ¿Qué le parece comida india? ¡Conozco un restaurante maravilloso!»

17

«¡Nunca más vuelvo a Canterbury!», dijo Ariadne al aparcar el coche delante de la casa.

«Bueno, la ciudad es bastante bonita y…» Mr. Higgins miró a Ethel como si se le hubiera ido la cabeza. «Vale, tienes razón, toda la excursión fue un desastre. En realidad no descubrí nada útil para mi libro y tú no tuviste vacaciones. La próxima vez eliges tú el destino, ¿qué te parece?»

«Me parece sensato. Y ahora quiero una taza de té y un scone de Rosemary.»

«¿No es ese tu Mr. Lang?»

¡En efecto! Frederic acababa de salir de la casa, miró a derecha e izquierda y les hizo señas con la mano.

«¿Cómo tengo el pelo?»

«Como siempre, darling.»

«¡Maldita sea, yo… oh, hola Frederic!»

«¿Ya habéis vuelto? Me había extrañado no ver tu coche delante de casa.»

«Estábamos en Canterbury, pero… mejor ni preguntes.»

«¡Oh, eso sí que deberías contárselo!», dijo Ethel.

«Bueno, pues…»

«¿Tienes planes para esta noche? Podría reservarnos una mesa en ese restaurante francés tan agradable. ¿Digamos a las ocho?»

«Me encantaría, pero Mr. Higgins tiene que…»

«No te preocupes, darling, yo me ocupo de la pequeña salchichita Bell.»

«Las ocho me parecen perfectas.»

«¡Me alegro! Entonces, ¡hasta luego!» Y ya había desaparecido, dejando tras de sí solo el rastro de su aftershave.

Ende

El próximo caso de Ariadne:

Moda letal